



CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. DIEGO MARTINEZ BARRIO

EXTRACTO OFICIAL

de la sesión celebrada el sábado 2 de Octubre de 1937

SUMARIO

Abierta la sesión a las diez y quince minutos de la mañana, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Situación de los Diputados Sres. Rodríguez de Viqueira, Contreras López, Torres Sala, Escolano Gonzalvo, Moreno Torres, Adánez, Giménez Canga-Argüelles y Fernández Heredia: comunicaciones y notas.

Constitución de la Comisión especial de reforma del Reglamento: comunicación.

Designación de Vocales propietarios y suplentes en la Diputación permanente de las Cortes: propuesta de la minoría socialista.

Excusa de asistencia a las sesiones del Sr. Maldonado: telegrama.

ORDEN DEL DIA.—Aprobación definitiva de dos dictámenes.

Convalidación de varios decretos; modificación de la ley de Incompatibilidades; reforma del artículo 43 del vigente Reglamento de la Cámara: dictámenes.—Quedan aprobados.

Pésame de la Cámara por la muerte del presidente de la República checoslovaca, Masaryk: proposición del Sr. Jiménez de Asúa y otros.—La apoya su autor.—Intervención del Sr. Ministro de Estado.—Queda tomada en consideración.

Elección de Secretario segundo de la Cámara.—Queda designado D. Ramón Lamóneda Fernández.

Atentado aéreo perpetrado en el día de ayer en Barcelona.—Protesta y ruego del Sr. Sapiña.—Adhesión de los Sres. Nicoláu d'Oliver y Sala y Berenguer.—Intervención del Sr. Presidente del Consejo.—Acuerdo.

Declaración ministerial: continúa el debate.—Intervención de los Sres. Torres Campañá, Ibarruri, Corominas, Guerra del Río, Pestaña y Lasarte.—

Conformidad con la declaración ministerial; autorización al Gobierno para adopción de medidas de diverso orden; voto de confianza; suspensión de las sesiones; proposición del Sr. Joven y otros.—La defiende su autor.—Queda aceptada.

Bases para el fomento, ordenación y desenvolvimiento de las actividades nacionales: dictamen. Queda aprobado.

Declaración de urgencia de la aprobación definitiva de los dictámenes aprobados en la sesión de hoy: proposición del Sr. Prat y otros.—Apoyada por su autor, quedó tomada en consideración.

Aprobación definitiva de cuatro proyectos.

Ratificación de los Convenios sobre empleo de mujeres en trabajos subterráneos; limitación de las horas de trabajo en las minas de carbón; adopción de la semana de cuarenta horas; simplificación de la inspección de los emigrantes a bordo; seguro obligatorio de vejez de los asalariados, en Empresas industriales y comerciales, de los trabajadores a domicilio y del servicio doméstico; idem de los asalariados de Empresas agrícolas; seguro obligatorio de invalidez de los asalariados, de Empresas industriales y comerciales, de los trabajadores a domicilio y del servicio doméstico; idem de los asalariados de Empresas agrícolas; seguro obligatorio de muerte de los asalariados de Empresas industriales y comerciales, de los trabajadores a domicilio y del servicio doméstico; seguro obligatorio de muerte de los asalariados de Empresas agrícolas; trabajo nocturno de las mujeres; reparación de las enfermedades profesionales; indemnizaciones o auxilios a los trabajadores en paro voluntario y duración del trabajo en las fábricas de vidrio; concesión a las Cooperativas y Sociedades constructoras y beneficiarias de casas baratas de una moratoria de los préstamos obtenidos: proyec-

tos de ley leídos por el Sr. Ministro de Trabajo y Asistencia Social.

Adhesión del Sr. Aliseda a la votación de Secretario: manifestación del Sr. Presidente.

Excusa de asistencia a las sesiones de D. Rafael Picavea: comunicación.

Constitución de las Comisiones de suplicatorios, Presupuestos, Hacienda y Economía y Presidencia: comunicaciones.

ORDEN DEL DIA PARA LA SESION PROXIMA.—
Se levanta la sesión a la una y quince minutos.

Abierta la sesión a las diez y quince minutos de la mañana, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

El Congreso quedó enterado de comunicaciones del Ministerio de Justicia relativas a la situación de los Diputados D. Luis Rodríguez de Viguri, D. Juan Contreras López, D. Juan Torres Sala, D. Eusebio Escolano Gonzalvo y D. José María Moreno Torres Guillén y de notas referentes a D. Dimas Adánez, D. Luis Giménez Canga-Argüelles y D. Luis Fernández Heredia del Pozo.

También quedó enterado el Congreso de que la Comisión especial de reforma del Reglamento se había constituido, designando presidente a don Francisco Gómez Hidalgo y secretario a D. Angel Galarza.

Igualmente se enteró la Cámara de que la minoría socialista había designado como vocales propietarios en la Diputación permanente a los señores D. Luis Araquistáin Quevedo, D. Ramón González Peña, D. Ramón Lamóneda Fernández, don José Prat García, D. Julián Besteiro y D. Julio Alvarez del Vayo, y suplentes a D. Valeriano Casanueva, D. Enrique de Francisco, D. José Andrés y Manso, D. Alberto Fernández Ballesteros, D. Amancio Muñoz de Zafra y D. Juan Sapiña.

Se dió cuenta de un telegrama de D. José Maldonado excusando su asistencia a las sesiones parlamentarias.

ORDEN DEL DIA

Se leyeron y, previa declaración de hallarse conformes con lo acordado, se aprobaron definitivamente los siguientes dictámenes:

De la Comisión de Gobierno interior sobre solicitud del Ayuntamiento de Valencia para el abono de obras de reparación en su edificio, y

De la Comisión de Tribunal de Cuentas sobre provisión del cargo de secretario del Tribunal.

Asimismo se leyeron y quedaron aprobados sin discusión, anunciándose que volverían a la Cámara para su aprobación definitiva, los siguientes dictámenes:

De la Comisión de Presidencia sobre convalidación de varios decretos (con informe favorable de la Comisión de presupuestos);

De la Comisión de Presidencia sobre modificación de la ley de Incompatibilidades, y

De la Comisión especial de Reglamento sobre reforma del art. 43 del vigente de la Cámara.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se va a dar lectura a una proposición incidental presentada a la Cámara.

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Dice así:

"Al Congreso: La muerte del gran demócrata

y fundador de la República checoslovaca, Tomás Garrigue Massaryk, ha llenado de luto a la nación amiga que tantas pruebas de solidaridad tiene dadas a la República española.

Massaryk era una figura de tal magnitud, que sus dimensiones sobrepasaban las fronteras de su Patria. Todos los hombres demócratas de la humanidad han sentido con la noble nación checoslovaca la pérdida del gran hombre de Estado, cuya vida se consagró a liberar su país y mantener la paz entre los pueblos.

Los Diputados que suscriben solicitan a las Cortes de la República que hagan constar su pésame por la muerte del Presidente Massaryk, y que, en nombre de las Cortes, se comunique este acuerdo a Su Excelencia el Presidente Dr. Benes, al Parlamento y al Senado checoslovacos.

Valencia, 1 de Octubre de 1937.—Luis Jiménez de Asúa.—Ginés Ganga.—Amancio Muñoz de Zafra.—Amós Ruiz Lecina.—Marino Sáiz. José Aliseda.—Julia Alvarez Resano.—José Prat. Vicente Sarmiento.—Eduardo Blanco.—Francisco Menoyo."

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Jiménez de Asúa tiene la palabra, como primer firmante de la proposición que acaba de leerse, para defenderla.

El Sr. **JIMENEZ DE ASUA**: Señores Diputados, bastan muy pocas palabras para apoyar con máxima emoción la proposición que acaba de ser leída. La figura de Tomás Massaryk es de esas que no necesitan ser descubiertas en el instante de su muerte; la vida de Massaryk no es de aquellas de las que puede decirse que al perderla, al morir, llega la hora de sus alabanzas. Es una de las personalidades más destacadas y salientes de la Europa contemporánea.

Vino Massaryk al mundo de una familia humilde, hijo de un cochero que, según el propio Massaryk afirma, nunca supo librarse de la esclavitud. La madre, en cambio, que ejercía sobre Massaryk una influencia mucho más relevante, supo impulsarle por el camino de una grande acción.

Es curioso, cuando se estudia la figura de Massaryk, ver que era un hombre prudente, recatado; si la palabra no hubiera recibido por las conquistas biológicas otro sentido, yo afirmaría que era un tímido. En la obra publicada por uno de los más grandes escritores checoslovacos, Karel Capek, se afirma que Massaryk había experimentado siempre, incluso cuando hablaba por primera vez con una persona, un sentimiento de temor, y el propio Massaryk afirma que nunca, nunca, jamás, pudo hablar en público sin sentir el gran "track" del orador.

La personalidad de Massaryk, a través de la

gran lucha emprendida por la reconquista de la independencia de su país, llena una de las páginas más emocionantes que puede registrar la Historia. Profesor de Filosofía adscrito a la tradición platónica, era ante todo y sobre todo el hombre a quien le repugnaba la violencia, y, poco a poco, a medida que los hechos iban prestando carne a una realidad posible de la independencia de Bohemia, Massaryk fué dando de lado incluso a sus propias convicciones de evolución, para llegar a ser un revolucionario.

Hay en la vida de Massaryk episodios y características de extraordinario interés. Destácase por una honradez a prueba de todo, incluso a veces de su propia conveniencia. Es muy conocido en la actuación de Massaryk un pasaje en que, oponiéndose a la autenticidad de un famoso manuscrito del que se decía ser muy antiguo y donde constaba una parte de la historia de Bohemia, pudo afirmar, o creerlo así, que no era legítimo, y con máxima honradez afirmó que sobre ese documento sospechoso nada podía edificarse.

Es muy probable que los Sres. Diputados no puedan comprender tal vez el esfuerzo inmenso de Massaryk para resucitar Bohemia. Los hombres, como los pueblos, tienen de su existir la razón en la memoria, y la historia de Bohemia había sido materialmente destruída, deshecha, quemada en los archivos. No existía del pueblo bohemio más que una leyenda, una leyenda vaga, sin elementos de Historia, y Massaryk resucitó la historia y la realidad de Bohemia. Y todo esto lo hizo un hombre que en sí no tenía ambición alguna. ¡Cuántas veces ha afirmado Massaryk, a lo largo de entrevistas o de obras, que él había llegado al profesorado primero, a la política más tarde, a la lucha después, "nolentem fatha trahunt".

El Destino tomó a Massaryk como el gran instrumento histórico para que Bohemia renaciera, y cuando Bohemia renace es Massaryk quien la fabrica y quien la funde, quien le da un ideal. Massaryk es, tal vez, de los hombres de Estado que han pasado por el mundo, la figura de mayor fuerza, de mayor energía. Es curioso también observar cómo estas grandes tareas que la Historia encomienda a un hombre no recaen solamente en seres de juventud flagrante, de un concepto de la vida imbuído por la fuerza física.

Cuando Massaryk es el constructor de Bohemia, de Checoslovaquia, cuenta sesenta y cinco años. Y cuando todos le hemos visto aparecer en las revistas a caballo, podíamos pensar, tal vez, que montó siempre, que cabalgó siempre, y ello no es cierto. El ha cabalgado sobre Europa en un nuevo Estado, en madurez de otoño, como cabalgó sobre el caballo físico también en época tardía de su vida.

Hasta el último instante ha demostrado Massaryk esa gran fuerza de su personalidad y ese espíritu batallador aun a pesar suyo, batallando con la muerte hasta la última hora. Muere a los ochenta y siete años, después de haber cumplido esa ingente labor.

A pesar de todas las dificultades que Checoslovaquia tiene, a pesar de que se halla rodeada de enemigos, a pesar de todo, Checoslovaquia es un pueblo feliz, y me atrevería a afirmar que un pueblo afortunado. No era una frase vana la del Presidente Benes cuando, junto al túmulo en que yacía Massaryk, afirmaba que el legado, la herencia de Massaryk serían proseguídos; en verdad que jamás se ha dicho una frase más nutrida de realidades.

En la figura de Eduardo Benes tiene Checoslovaquia el más digno continuador de Massaryk. El pueblo lo sabe, y cuando Massaryk, que había sido elegido de por vida Presidente del Estado checoslovaco, creyó deber retirarse, por los achaques de la edad, ni una sola semana dejaron de continuar las conversaciones de Presidente a Presidente, y el Presidente libertador con el Presidente efectivo dieron al pueblo la sensación constante de la gran continuidad.

Para nosotros, la gran figura de Massaryk en estos momentos puede ser sobremanera aleccionadora. A veces puede ser maestro nuestro un ser que no conocemos. Yo os puedo decir que, profesor de Derecho penal, fui influido por un hombre a quien jamás vi, cuya mano jamás estreché, D. Pedro Dorado Montero. Y acaso, a través de sus obras, aquella figura política que me parece más digna de emulación es la de Massaryk, a quien tampoco vi, porque desde antes de llegar yo a Checoslovaquia ya estaba alejado en su castillo de Lany. Aquellas grandes figuras a las que por no estar próximos físicamente no pudimos ni tocar su mano ni oír su voz, ejercen en nosotros, por su carácter casi legendario, mayor influjo.

Esta gran figura de Massaryk supo, contra todo y sobre todo, edificar el Estado checoslovaco, y emigrado durante varios años, en Ginebra, primero, y en Rusia, después, supo levantar en este último país un ejército legionario checo, que luchó en Rusia durante la gran guerra en pro de los aliados, como se hizo en el ejército italiano y también en el francés. Massaryk supo vencer la incomprensión de las grandes potencias. Hemos visto surgir Checoslovaquia, pero no ha surgido así, de una vez, en un instante y con tal facilidad, sino que tuvo que batir la resistencia de las grandes potencias que no querían oír hablar al comienzo de que renaciese otro nuevo Estado, porque desconociendo la historia de Bohemia, que ella misma casi ignoraba, no podían saber la fuerza, el poder enorme que podía tener en el mundo al Estado checoslovaco, Massaryk supo vencer en la guerra y hacer un Estado. Y en nosotros este ejemplo enorme de la voluntad de un hombre tiene que ser en esta hora aleccionador, y si no fuéramos, no por naturaleza, sino por íntimo conocimiento, optimistas, podríamos afirmar que así como nació Checoslovaquia porque el pueblo quiso, el pueblo español triunfará porque el pueblo quiere y cuando un pueblo quiere y pone para querer la máxima energía, no hay potencia extranjera ni adversidad alguna que pueda torcer ese destino ineluctable, porque... "Nolentem fatha trahunt".

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Ministro de Estado.

El Sr. Ministro de **ESTADO** (Giral): Señores Diputados, pocas palabras para asociarme, en nombre del Gobierno, a las muy elocuentes y sentidas que ha pronunciado el Sr. Jiménez de Asúa.

Massaryk, el presidente libertador, forjador de su propia personalidad y cuajador también de uno de los pueblos más democráticos de Europa, fué una figura tan excelsa que no me extraña que todo el pueblo checoslovaco, profundamente emocionado en los funerales a los cuales yo tuve la honra de asistir, manifestase, expresase esta emoción por boca y por alma de millones de ciudadanos que acudían a la larga trayectoria que el cortejo fúnebre hubo de recorrer en Praga, emoción que saltaba a pesar de estar contenida en los labios y en los pechos de todas aquellas personas que sentían cómo el padre espiritual de su nueva patria había ya dejado de existir.

Massarky—lo ha dicho con palabra elocuente el Sr. Jiménez de Asúa—, el forjador de sí mismo, fué también el forjador de su pueblo. Su vida ejemplar quedará como modelo de político luchador, de hombre dado por entero a las ansias de su pueblo y de demócrata por encima de todo. Si a esto se añade que Checoslovaquia, la nación que él forjó, es para nosotros en los momentos actuales una de las democracias modelo, en el cual podemos inspirarnos, y también país que siente, como nosotros, el afán de nuestra lucha, y que es decidida y entusiasta, partidaria de nuestra causa, porque prevé que si nosotros, en esta defensa que hacemos de la nuestra, fracasamos, ella, la nación checoslovaca, puede encontrarse en fecha muy inminente en situación muy análoga a la nuestra, habremos de reconocer que la proposición incidental que ha defendido Jiménez de Asúa debe ser aprobada, y que del Parlamento español aquí reunido debe salir el voto unánime de condolencia, para el pueblo checoslovaco, de la España leal aquí representada.

Por lo tanto, el Gobierno se suma con todo fervor y con todo respeto a las manifestaciones y a la proposición hecha por el compañero Jiménez de Asúa.

El Sr. **PRESIDENTE**: La Cámara toma en consideración la proposición incidental presentada por el Sr. Jiménez de Asúa y los Sres. Diputados? (**Asentimiento.**)

Queda aceptada.

Se va a proceder a la elección de Secretario segundo.

Comienza la votación."

El Sr. **PRESIDENTE**: Se va a dar cuenta del resultado del escrutinio. Han tomado parte en la votación 139 Sres. Diputados, obteniendo 131 votos el Sr. Lamóneda y 8 en blanco.

Queda proclamado Secretario segundo de la Cámara D. Ramón Lamóneda Fernández."

Con la venia del Sr. Presidente, dijo

El Sr. **SAPIÑA**: Pocas palabras, Sres. Diputados, y solamente para pedir a la Cámara que exprese su profunda indignación y su honda condo-

lencia por el atentado brutal de que, una vez más, fué víctima en el día de ayer la ciudad de Barcelona por la aviación fascista. Parece que en las agresiones y desgarrones que viene sufriendo el alma española tenga el fascismo un especial interés en castigar a Cataluña, y parece que el fascismo tenga interés especial en castigar a Cataluña precisamente en los instantes en que Cataluña, dándose cuenta exacta de lo que es y significa en la lucha, redobla sus esfuerzos para disciplinarse, para mejorar su producción y su orden, para aumentar la eficacia de su rendimiento en beneficio de la causa republicana, de la causa antifascista.

Yo pido a la Cámara que haga constar su profunda indignación y su honda condolencia, porque no han caído en Barcelona, como no cayeron en Almería, ni en Jaén, ni en Guernica, ni en tantos otros pueblos españoles, combatientes víctimas de la metralla del fascismo extranjero, sino que han caído, y caen diariamente, mujeres y niños alejados de las zonas de combate. Y cuando esto ocurre, nosotros tenemos derecho a decir que los fascistas extranjeros que vienen a redoblar su saña contra el pueblo leal español, y especialmente contra Cataluña, son los nacionalistas de siempre que combatieron el espíritu regionalista de Cataluña, a pretexto de ciertas ansias de extranjería, y que son precisamente estos hombres los que, en nombre de un seudonacionalismo, traen a bombardear las ciudades abiertas españolas a fascistas extranjeros, a agresores extranjeros. Y estoy seguro de que no han sido ni catalanes, ni gallegos, ni andaluces, ni castellanos los que ametrallaron a las mujeres y niños de Barcelona en el día de ayer; fueron, sin duda, alemanes e italianos traídos a España en nombre de un falso y criminoso nacionalismo.

Pido a la Cámara que haga constar, con emoción y con indignación, su profunda protesta y su hondo dolor ante estos hechos que se vienen repitiendo en el suelo español. (**Muy bien.**)

El Sr. **NICOLAU D'OLWER**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **NICOLAU D'OLWER**: Señores Diputados, como Diputado por Barcelona para agradecer, de la manera más íntima y cordial, las palabras que acaba de pronunciar nuestro compañero Sr. Sapiña.

Una vez más la aviación fascista, la aviación enemiga, sembró ayer la muerte en la ciudad que tengo el honor de representar en estas Cortes de la República; una vez más, gente no combatiente cayó muerta, cayó herida por el bombardeo de aviones que estamos seguros son extranjeros; una vez más, la intervención y agresión extranjeras en España, que de una manera clara y solemne se han hecho patentes en las declaraciones de la Sociedad de Naciones en estos últimos días, han sembrado la muerte en nuestro país. Pero, señores Diputados, por mucho que tengamos que lamentar estos sucesos, hemos de decir—y me complazco en manifestarlo aquí en nombre de mi pueblo—que todo ello no servirá más que de acicate para mantener nuestro entusiasmo decidido en esta lucha. Cataluña está íntimamente unida a todos los pueblos de la República. La de la República es la causa de Cataluña, y por esto

los enemigos de la República, los fascistas, tienen predilección en bombardear nuestra ciudad de Barcelona, que es la capital de Cataluña.

Una vez más, bajo las bombas enemigas, bajo las bombas extranjeras, se consagra esta unidad indisoluble de la causa del nacionalismo catalán, que aquí representamos los que nos sentamos en estos bancos, y la causa de la República, que es la causa de la libertad para todos.

El Sr. **SALA Y BERENGUER**: Pido la palabra.

El Sr. **PRESIDENTE**: La tiene S. S.

El Sr. **SALA Y BERENGUER**: En nombre del Partido Socialista Unificado de Cataluña y del Partido Comunista de España, para agradecer las palabras del Diputado Sr. Sapiña al hacer esta proposición incidental a la Cámara por los sucesos acaecidos ayer en la ciudad de Barcelona.

Nosotros sentimos en nuestra carne las víctimas que ayer hubo en Barcelona. Los trabajadores de Cataluña sentimos como propias las heridas que ayer sufrieron nuestros conciudadanos, pues las víctimas caídas son nuestros hermanos y nuestros hijos. Pero yo digo, como el Diputado Sr. Nicoláu d'Olwer, que toda esa metralla arrojada sobre Cataluña no ha de hacer vacilar para nada a los trabajadores catalanes, que el día 19 de Julio aplastaron en Barcelona y en toda Cataluña a los fascistas y que luego los hicieron retroceder por tierras de Aragón. La causa de la República es la causa de Cataluña, y la metralla que caiga sobre Cataluña no ha de amedrentarnos para nada. Seguiremos el camino emprendido, porque, repito, la causa de Cataluña es la causa de la República, y Cataluña—nuestro Partido lo ha dicho ya más de una vez—no puede salvarse si en España triunfa el fascismo, como España no se salvaría si no contara con la ayuda de Cataluña.

Nosotros agradecemos las palabras de los oradores que me han precedido y pedimos a la Cámara que apruebe la proposición incidental del Sr. Sapiña.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Presidente del Consejo de Ministros tiene la palabra.

El Sr. Presidente del **CONSEJO DE MINISTROS** (Negrín): El Gobierno desea asociarse a la indignación expresada por los Sres. Diputados que acaban de hablar con motivo del inicuo bombardeo de que ha sido objeto ayer la población de Barcelona.

Un caso más de tantos en Cataluña, como en el resto de España: Guernica, destrozada, al igual que Madrid, donde centenares y miles de sus habitantes—mujeres y niños preferentemente—han sido víctimas del bombardeo aéreo o de la metralla enemiga, sin que se persiguiera ni tuviera la excusa de perseguir fines militares. Es propio de la psicología de nuestros enemigos, de nuestros enemigos extranjeros sobre todo. Es la insana manía de transmitir su propio espíritu a otros pueblos. El pueblo español no se deja aterrorizar ni atemorizar por estos métodos, porque sabe muy bien que vale más correr el riesgo momentáneo de la muerte que entregarse y vivir una esclavitud perenne.

Lo que ha sucedido en Barcelona servirá, como lo que ha pasado en el resto de España, para tensar nuestro espíritu y hacer más firme, si preciso fuera, nuestra decisión de conseguir la victoria. (**Aplausos.**)

El Sr. **PRESIDENTE**: ¿Aprueba la Cámara la proposición presentada por el Sr. Sapiña? (**Asentimiento.**) Queda aprobada. Se comunicará el acuerdo al Sr. Presidente del Parlamento catalán."

Declaración ministerial.

Reanudado el debate sobre la declaración ministerial, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Torres Campañá tiene la palabra.

El Sr. **TORRES CAMPANÁ**: Podrá parecer, señores Diputados, como una redundancia que una minoría más del Parlamento venga a significar hoy su adhesión al Gobierno. Como nuestra adhesión ha de ser plena y rotunda, suscribiendo en absoluto la declaración que formulara ayer el Sr. Presidente del Consejo, ello nos obliga a ser mucho más concisos en la expresión de nuestro pensamiento.

Queremos significar desde el primer momento que la adhesión cordial, leal, sincera de esta minoría al Gobierno no tiene absolutamente ninguna condición; no señala el más ligero matiz de diferenciación con el criterio del Gobierno. Es en ello tan firme nuestro pensamiento, tenemos sobre ello una convicción tan profunda, estamos tan convencidos de que nos hallamos en momentos de solidaridad y de fusión nacional tan grandes, que quisiéramos llevar al ánimo y al pensamiento de todos los partidos, de todos los grupos, que en estos instantes, en una democracia como la nuestra, en carne viva, supersensible, no hay posibilidad de hacer ni en propaganda ni en acción labor partidista de ningún género; que no es absolutamente posible pensar ni hoy en la guerra que desarrollamos todos y para la que todos somos necesarios, ni mañana en la paz, porque la paz, como señalaba ayer el Sr. Presidente del Consejo, ha de ser de todos y para todos, no hay posibilidad, digo, de pensar ahora ni luego en labor partidista de ningún género, de pensar en obras que puedan significar diferenciaciones o apreciaciones de tipo exclusivo, personal y partidista.

Por ello no recogemos algunas alusiones que ayer se hicieron por otros oradores acerca de la aportación que cada grupo o cada partido hiciera a la labor de constituir el Ejército popular, eje de la victoria, que tuvo como base, como iniciación, todos los trabajos realizados alrededor del Ejército voluntario. Nos parece que no es momento de traer a recuerdo esos antecedentes y que tiempo vendrá en que la aportación de los unos y de los otros a esa obra fundamental y a otras muchas que la guerra ha desarrollado sea perfectamente señalada por cada uno y examinada por todos, para darle a cada cual, en el resultado final, el mérito que le corresponda.

Hoý por hoy, a nuestro juicio, no hay más que una preocupación fundamental: nuestra preocu-

pación fundamental tiene que ser el Ejército. A él tienen que ir dirigidos nuestros pensamientos, nuestros estímulos, nuestro calor cordial, todos aquellos cuidados, todos aquellos elementos que nosotros podamos aportar.

Los que por unas u otras circunstancias hemos estado cerca de las trincheras y hemos pasado en ellas muchas horas, muy tristes horas, no como turistas, sino como soldados, sabemos bien todo lo que representan, todo lo que valen los esfuerzos que en España se han realizado para organizar y constituir el Ejército popular, tanto desde el punto de vista de los esfuerzos de quienes han dirigido la política militar y la organización del Ejército, como de aquellos otros, en plano y sucesión inferior, que representan la abnegada actuación de los mandos y el heroísmo sublime y callado de nuestros soldados. Para ellos tienen que ir absolutamente todos nuestros recuerdos, todos nuestros afanes, y quisiéramos en estos momentos, de un modo especial, señalar como una condición obligada de nuestra devoción hacia los que sucumben por defender nuestra causa el recuerdo a los que en Asturias, tal vez convencidos de que no tienen ayuda posible por parte del resto de España, están, sin embargo, manteniendo incólume, enhiesta, la bandera de la República, que es la bandera de España que todos hemos de defender.

Estos sentimientos, que subliman un poco la situación espiritual de todos nosotros, que nos permiten mirar con cierto optimismo, con alegría interior, dentro de toda la negrura que en él se ve, el drama de España, nos permiten también renovar un poco el optimismo en cuanto a la solidaridad humana internacional.

Los que no hemos provocado la guerra, los que estamos haciendo la guerra porque defendemos el solar español y la libertad individual y colectiva del pueblo, tenemos derecho a esperar de todos una solidaridad humana. La hemos tenido desde el primer momento de dos grandes países; hoy la vamos teniendo también, merced a la obra inteligente y tenaz de los Gobiernos de la República, de otras grandes zonas de opinión, de otros países que están marcando cada vez más su solidaridad con nosotros ante el gran crimen internacional que en España se está cometiendo. Queremos significarles a todos esos pueblos nuestro afecto y nuestra cordial estimación, nuestra gratitud.

Decía ayer el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que debíamos alentar en la fe en España; hacía un llamamiento al convencimiento y a la conciencia y a la fe de todos nosotros. Ya lo ve el Gobierno: aquí estamos todos, aquí está España; aquí está España en esencia y en potencia, en presencia física de todos estos grupos y, flotando también en el ambiente, la adhesión de los que no están plenamente representados aquí. Aquí está España. España se está encontrando a sí misma a través de esta gran tragedia. Tenga la completa seguridad el Gobierno de que detrás de él está absoluta y rotundamente España entera.

Por lo que respecta a Unión Republicana, repito lo que dije al principio: sin condiciones, sin marcar el más ligero matiz. Estamos completamente detrás del Gobierno; al lado del Gobierno; donde el Gobierno nos quiera situar. Hoy, como en otras ocasiones, estando en el Gobierno o no estando representados en él, tenemos fe absoluta en los destinos de España y en la labor de los Gobiernos del Frente Popular. No importa que en cualquier circunstancia la composición del Gobierno sea una o sea otra. Para Unión Republicana no habrá siempre más que el cumplimiento estricto de un deber patriótico y de convicción ideal. En este sentido el Gobierno y todos pueden tener la seguridad de que la línea no se quebrará y de que todos conseguiremos, siguiendo esa norma que marcaba ayer el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, asegurar la paz ganando la guerra. **(Fuertes aplausos.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra la señora Ibarruri.

La Sra. **IBARRURI**: Al intervenir en este debate en nombre y representación del partido socialista unificado de Cataluña y del partido comunista de España, debiera concretarme, ateniéndome a la composición del Gobierno, a ofrecer a éste, en el cual hay ya una representación del partido comunista, la adhesión sincera de nuestro partido. A este Gobierno, que en estas horas, preñadas de responsabilidades, tan graves y tan difíciles que vive nuestro país, la adhesión cordial, sincera y profunda del partido socialista unificado de Cataluña y del partido comunista de España. Pero si bien es cierto que bajo la bandera del Frente Popular se han fundido en un mismo anhelo, en un mismo afán los españoles honrados que anteponen a todo interés de bandería o de grupos la necesidad de ganar la guerra y de aplastar al fascismo, no es menos cierto que ninguno de los grupos que se han adherido a la bandera del Frente Popular ha hipotecado su libertad de pensar, su libertad de opinar ni de exponer su pensamiento sobre problemas generales, que nos afectan profundamente, no solamente como personas, sino como partidos. Y apoyándome en esta libertad que no hemos hipotecado, voy a exponer cuál es el criterio de nuestro partido frente a diferentes aspectos de la vida nacional en estos momentos.

Hablaba el Sr. Presidente, poniendo en sus palabras honda emoción, del áspero camino que hemos tenido que recorrer desde los primeros días de la sublevación. Esto lo sabemos bien, como dice el Sr. Torres Campañá, y mucho mejor que los estrategas que escriben y trazan con bilis sobre los veladores de los cafés, muy alejados del frente, planes fantásticos y proyectos guerreros de gran eficacia, los que acompañamos primero a nuestros milicianos en las duras jornadas de la Sierra y los que hemos acompañado después a nuestros soldados en las jornadas gloriosas de Guadalajara, de Brunete y de Belchite. No teníamos Ejército. Hoy tenemos un Ejército cohesionado, disciplinado, un Ejército que sabe

luchar y vencer, un Ejército que sabe llevar al enemigo al terreno que le conviene, que sabe tomar la ofensiva, que sabe conquistar en un día pueblos y en una semana 900 kilómetros cuadrados para la República. Pero el hecho de tener este Ejército plantea ante nosotros, plantea ante los partidos y organizaciones y plantea fundamentalmente ante el Gobierno un problema que no se puede soslayar, un problema al que hay que prestar especial atención: la creación de las reservas. Nosotros sabemos que el Gobierno se interesa profundamente por esto y que, en la medida de lo posible, va creando las reservas suficientes para dotar de combatividad y de capacidad a una gran parte de nuestro pueblo; nosotros no olvidamos los trabajos que se hacen para la preparación premilitar de la juventud, no olvidamos todos los esfuerzos que se hacen en este sentido. Pero es necesario intensificarlos aún más profundamente.

En la historia de los pueblos contamos con un ejemplo magnífico y aleccionador de lo que pueden significar las reservas para el Ejército: el ejemplo de la Unión Soviética. Cuando en la Unión Soviética se luchaba contra el Ejército de los blancos, siempre que se entablaba combate perdían los rojos si sus fuerzas eran numéricamente iguales a las del enemigo, porque allí ocurría exactamente igual que ocurre en nuestro país: que el Ejército blanco tenía quien le pudiese proveer de todos los medios ofensivos que necesitaba para luchar contra los rojos; pero en el momento en que el Ejército rojo pudo disponer de las reservas suficientes, entonces cambió completamente el aspecto de la lucha, y así pudo encontrarse el Gobierno soviético, al terminar la guerra, con un Ejército de cinco millones de hombres armados, mientras que el enemigo no tenía más que un millón.

Es en este aspecto donde queremos llamar fundamentalmente la atención del Gobierno para que no olvide lo que puede significar en nuestra lucha la creación de reservas en el Ejército. Ahora bien; la creación de estas reservas entraña lógicamente, el desarrollo de otro problema al que también el Gobierno sabemos que presta atención, pero es necesario prestarla aún mucho más intensamente: el desarrollo de la industria de guerra. Nada teníamos en este sentido; es mucho lo que tenemos. Nuestras fábricas empiezan a producir ya lo que el Ejército necesita para comenzar ofensivas, para luchar con eficacia contra el enemigo. Tenemos fábricas que producen aviones, y esto es necesario decirlo al pueblo para que tenga confianza en su Gobierno; tenemos fábricas que pueden producir las municiones suficientes para dotar a nuestro Ejército de la fortaleza necesaria; tenemos todas las posibilidades de ganar la guerra, porque, como ayer señalaba el Sr. Presidente, España es país rico, que cuenta con posibilidades magníficas, y tenemos obligación de encauzar todas estas posibilidades magníficas que ofrece nuestro país para ganar la guerra. Se produce, pero no con el ritmo necesario. Tenemos obreros magníficos que

superan a los obreros extranjeros en su capacidad técnica; tenemos obreros que han sabido colocar la industria a un nivel superior, incluso en algunos aspectos de la industria nacional, con respecto a la industria extranjera.

Es, pues, necesario acelerar el ritmo de la producción; es necesario que estos trabajadores, que han sabido colocarse a tan alto nivel técnico, sientan el cariño de la obra que realizan y sientan la responsabilidad por el trabajo que están efectuando; que piensen que no es sólo en el frente donde se gana la guerra, sino en la retaguardia; mas para que estos trabajadores sientan el deseo de producir más, sientan la emulación de producir con un ritmo acelerado e intenso, es necesario mejorar sus condiciones de trabajo.

Indicaba ayer González Peña, que tiene motivos para saber cómo trabajan y cómo viven los obreros, que mejoraba constantemente la producción, que cada día nuestros trabajadores producían con más intensidad. Es verdad; pero nosotros no podemos, de ninguna manera, desoír las voces del pueblo. Nosotros sabemos que, como consecuencia de las especulaciones de los agiotistas, las condiciones en que viven los trabajadores no son las más a propósito para sentir el deseo de trabajar; sabemos que los salarios que hoy tienen los obreros, lo mismo en la producción de guerra que en todos los aspectos, no son suficientes para cubrir todas las necesidades de sus hogares. Y no podemos olvidar que hemos de tener contentos a estos obreros para que sientan la necesidad de trabajar, ofreciéndoles, no una perspectiva lejana de mejoramiento, sino una perspectiva inmediata; que los trabajadores vean que algo ha cambiado fundamentalmente en España; que no serán más los esclavos de las máquinas; que nosotros luchamos por mejorar, no solamente su aspecto espiritual, sino su aspecto material.

En este sentido el Gobierno ha hecho mucho. Se han abierto Institutos para los obreros; se han abierto las Universidades; pero al lado del alimento espiritual hay que proporcionarles el alimento corporal, para que vayan a esos centros con el ánimo sereno y tranquilo, porque sepan que en sus hogares están satisfechas sus necesidades, que tienen la obligación de trabajar para la guerra. Un ejemplo aleccionador de lo que puede ocurrir cuando los trabajadores no tienen cubiertas esas necesidades, cuando no ven una perspectiva cercana, es el de Euzkadi. En Euzkadi los metalúrgicos continuaban teniendo los mismos salarios de hambre; ¡ah!, pero en Euzkadi las grandes Empresas continuaban redondeando su negocio a costa del hambre del pueblo, y así se han podido explicar muchas cosas.

Hablaba el Sr. Presidente de lo que se ha hecho en orden a la limpieza de la retaguardia. Nosotros sabemos bien los esfuerzos del Gobierno para tener una retaguardia limpia de enemigos, para que nuestra gente pueda luchar en los frentes con confianza y con tranquilidad. Pero todavía no se ha hecho lo suficiente, creemos que hay algunas debilidades en este sentido. Lo demuestran algunas defecciones en el Ejército, lo demuestran los hechos de sabotaje que constantemente esta-

mos presenciando en la retaguardia, lo demuestra el descubrimiento continuado de elementos enemigos incrustados en los organismos oficiales y lo demuestra también el hecho de que tengamos que tener todavía en esta Cámara a representantes de lo más podrido de la vieja política del ferrouxismo, encarnada en el Sr. Guerra del Río. Vivimos en guerra y no podemos ser sentimentales con el enemigo, porque el enemigo no es sentimental para con nosotros. Al enemigo hay que tratarle como a enemigo, y solamente en la medida con que limpiemos la retaguardia de enemigos podremos asegurar la tranquilidad en los frentes.

El Presidente del Consejo hablaba de las medidas que ya se están tomando para acelerar la limpieza de la retaguardia; pero el Gobierno no puede olvidar que para realizar esa limpieza de la retaguardia, para hacer esa obra de justicia, simplemente de justicia popular, como para realizar toda la obra ingente que al Gobierno le está encomendada, necesita apoyarse en las más amplias masas populares, necesita tener la asistencia y la confianza del pueblo, necesita reagrupar y reunir bajo la bandera del Frente Popular, bajo la política del Gobierno, a todas las fuerzas antifascistas de España.

Yo sé que no es culpa del Gobierno el hecho de que no estén aquí los representantes de esa fuerza obrera que se llama C. N. T., pero no podemos desconocer ni ignorar lo que pesa en el área de nuestro pueblo la fuerza de la C. N. T., y tenemos que pensar que no es con pasiones personales, con impulsos personales, como se hace política revolucionaria; tenemos que ver la posibilidad de enrolar a los obreros sinceramente revolucionarios que militan en las filas de la C. N. T. a las responsabilidades del Poder.

Hablaba el Sr. Presidente, en su magnífico discurso de ayer, de su confianza en la causa de nuestro pueblo. Es verdad. Solamente espíritus mezquinos, hombres contagiados de la ideología enemiga, pueden dudar un momento de la victoria de nuestra causa. Pero la victoria no viene sola, la victoria hay que prepararla. Hay que crear las condiciones necesarias para conquistar la victoria, y la victoria se conquista uniendo en un frente único, monolítico, a todas las fuerzas antifascistas, dando de lado querellas y pasiones personales, ligando a todos los pueblos de España en una igualdad de derechos y de deberes.

Expresaban aquí los representantes de Cataluña su adhesión a la República. Es verdad, y todos sabemos que son sinceras sus manifestaciones; todos sabemos que nunca como ahora, que Cataluña disfruta de su régimen autonómico, se ha sentido más ligada a España. Puede haber pequeñas incomprensiones, puede haber pequeñas diferencias; pero en interés del Gobierno y en interés de España es necesario que a Cataluña se le preste la debida atención, es necesario que a Cataluña se le preste toda la ayuda precisa, porque no se puede olvidar que en Cataluña tenemos la base fundamental de nuestra industria, y que en la medida que nosotros ayudemos a Cataluña no ayudamos a un pueblo a romper las liga-

duras que le podían unir con el Centro, sino que le ligamos más estrechamente, porque aquellos trabajadores, aquellos hombres que pudieran sentirse más desligados de nosotros, cuando vean la comprensión y el deseo del Gobierno central de ayudarles, se van a sentir mucho más ligados a nosotros, ya que, como decían muy bien los representantes de Cataluña, no se puede concebir una Cataluña independiente en una España fascista, y no se puede concebir una Cataluña liberada sin una España liberada.

¡Fe en el pueblo!; es verdad. Nadie como nosotros ha tenido fe profunda, fe inquebrantable en la voluntad de vencer de nuestro pueblo; pero al mismo tiempo que nosotros tenemos fe en la capacidad combativa de nuestro pueblo, tenemos también que hacerle sentir fe en los hombres que dirigen sus destinos, fe en las organizaciones que estén dispuestas a sacrificarse en todos los momentos por conquistar para España una vida de libertad y de justicia. Es necesario que el pueblo conozca a sus héroes de los frentes y de la retaguardia. No se pueden silenciar los éxitos de nuestras fuerzas, no se puede silenciar al pueblo que de su seno surgen hombres magníficos, capaces de todas las heroicidades, y cuando el pueblo vea que se tiene en cuenta su heroísmo, si abnegación, su espíritu de sacrificio, él sabrá sacar más arresos todavía para luchar con eficacia frente al enemigo.

Es necesario también decirle, cuando voces opacas lancen rumores de incertidumbre que ensombrecen el ambiente, que no hay posibilidad de compromisos, que no habrá "abrazos de Vergara", que estamos dispuestos a que los brazos se corten a cercén antes que se pueda llegar a un compromiso; que el único compromiso hoy, mañana y pasado mañana es aplastar a Franco. Hay que decirle al pueblo que no confie excesivamente en la solidaridad de los Gobiernos democráticos, que se han olvidado de que España lucha, no solamente por ella, sino por ellos también; hay que decirle al pueblo que tenga confianza plena en sus destinos; hay que enseñarle a tener confianza en sí mismo, porque los hechos de cada día demuestran la capacidad combativa y creadora de nuestro pueblo. Hay que unificar, insisto en ello, todas nuestras fuerzas; hay que llenar, con la comprensión de todos, el abismo que en momentos determinados ha separado a las fuerzas antifascistas en nuestro país. Hay que terminar de una vez con las rencillas y los resquemores; el enemigo nos da el ejemplo, y si nosotros no sabemos, dando de lado a estas rencillas y estos resquemores, presentar frente al enemigo un todo compacto y monolítico, podremos hablar de victoria, pero la veremos un poco lejana; podremos hablar de éxitos, pero éstos vendrán amenguados por la misma actitud de las fuerzas que debieran de tener mayor interés en que los éxitos fueran rotundos.

Es necesario acabar con la política de zancadilleo; es necesario elevar el nivel político de nuestra gente; es necesario hacer comprender a cada uno de los que militan en nuestras organizaciones y en nuestros partidos que su deber fundamental en estos momentos es dirigir todas las actividades, todas las energías a ganar la guerra y

apoyar al Gobierno que en estos momentos representa la voluntad de España frente al enemigo; apoyarle incondicionalmente cuando el Gobierno responda a lo que el pueblo había cifrado en él.

Esto es lo que el partido comunista quería decir como respuesta al discurso del Sr. Presidente.

Y no quiero terminar sin recordar con profunda emoción a todos los que cayeron en los frentes defendiendo la libertad de España. González Peña, viejo minero asturiano y Diputado de los mineros de Huelva, poniendo en sus palabras temblores de emoción, recordaba la gesta magnífica de los héroes de Octubre, que hoy la renuevan superándola. Hoy es Dolores Ibarruri, hija de minero, compañera de un minero y Diputado de los mineros de Asturias, la que viene también de la misma manera que lo hacía ayer González Peña, a ofrecerle al Gobierno la adhesión sincera, profunda e inquebrantable del partido socialista unificado de Cataluña y del partido comunista de España. Para la defensa de la República, para la defensa de las libertades populares, para la defensa de la democracia, para el aplastamiento del fascismo, Sres. Diputados, y Sr. Presidente, la adhesión inquebrantable, sincera y profunda del partido comunista. (**Grandes aplausos.**)

El Sr. **PRESIDENTE:** Tiene la palabra el señor Corominas.

El Sr. **COROMINAS:** La minoría de Esquerra Catalana viene a esta sesión a renovar la expresión de su confianza en el Gobierno de la República. Con esto no hace más que ratificar la conducta que ha seguido desde que estalló la rebelión. Hemos ido a las sesiones de Cortes celebradas en las Casas Consistoriales de esta ciudad a llevar nuestra adhesión, nuestra manifestación de confianza. Cuando surgió la última crisis, al ser consultados por el Presidente de la República, expresamos que nuestra adhesión era tan íntegra que estábamos dispuestos a colaborar lo mismo con Largo Caballero que sin Largo Caballero, con sindicales y sin sindicales, porque nosotros estaríamos siempre al lado del Gobierno que fuese formado por el Presidente constitucional de nuestra República. Y al repetir aquí, al reiterar aquí la expresión de nuestra confianza, hemos de decir, para quitar toda clase de dudas, de reparos y de condiciones, que nuestra confianza comprende incluso un margen de error, un margen humano de error. Nosotros consideramos, creemos, comprobamos aquí que en la línea dominante de la acción del Gobierno hay un éxito para la República, hay algo que merece la confianza de todos los ciudadanos. Por encima de esto, si hay pequeños errores, si hay cosas que un día u otro examinaremos, eso no lo hemos de discutir ahora, porque nosotros, con nuestra confianza, cubrimos incluso un margen de error para los hombres que ocupan el banco del Gobierno.

Y con esto yo daría ya por terminado mi discurso, porque la misión que traigo de mis compañeros casi se limita a esta expresión de nues-

tra confianza en el Gobierno de la República. Pero es que nos hemos reunido en sesión de Cortes después de unos meses en que han ocurrido muchas cosas, en que se han acumulado acusaciones, en que se han promovido intrigas que en algún respecto nosotros no podemos silenciar, porque no queremos excluir de nuestro Frente todas las responsabilidades que sobre él puedan pesar. Y vengo a denunciar a las Cortes una maniobra fascista, a la que no siempre estuvieron los pechos de los hombres del Frente Popular completamente inaccesibles. Vengo a denunciar a las Cortes la existencia de una maniobra fascista, consistente en el propósito de dividirnos a los españoles. Nosotros tenemos en Cataluña centenares y miles de hombres, de mujeres y de niños que han tenido que abandonar otras tierras de España. Pues bien; la maniobra consiste en esto: en hacer circular historietas, anécdotas, para humillar al catalán diciéndole: "Ese hombre que habéis acogido os desprecia, no quiere vuestra lengua, os ataca por interesados". A ese hombre se le dice que no le dais carne, que no le dais alimentos, para que os sintáis humillados y surja en vuestro corazón un odio contra aquellos compañeros, contra nuestros hermanos que se han acogido a la hospitalidad catalana; pero, por otra parte, se explota la tristeza del pobre refugiado, de ese hombre que siente la nostalgia de su país, de ese país que ha dejado entregado al hierro y al fuego del enemigo, diciéndole: "Este catalán te tiene aquí por la fuerza". Y es que entre nosotros, en toda España está mezclada una población tibia que es bastante cobarde para no presentar la cara, pero bastante astuta para repetir esas historias, para hacer circular esas insidias, para meter el dedo en la llaga y ver si puede profundizar allí, a fin de lograr esa falta de unión entre nosotros por haber creído, en un momento de ilusión, en la veracidad de estas historias.

Pero no es esto sólo. En todas las revoluciones, en todas las grandes transformaciones de la organización del trabajo se producen, infaliblemente, retardos en la producción, se altera el ritmo del trabajo y a consecuencia de ello, en ciertos momentos, no rinde todo aquello que debería rendir. Y bien; aquí está el fascista para meter una cuña otra vez entre nosotros. ¡Ah! No se debe a esto el que no se produzca tanto, sino que obedece a que Cataluña no ayuda porque no os presta auxilio, porque no está de todo corazón con vosotros, y retarda la producción de su industria porque no está asociada con todo corazón a la lucha que tenemos entablada. ¡Qué historias no han inventado; qué cosas horribles no habréis oído! Y no es sólo esto. En toda la Prensa extranjera ha circulado una noticia insidiosa: que se habían mandado unos representantes de Cataluña para tratar una paz separada con el Gobierno ese..., no quiero nombrarlo. ¡Como si fuese posible, señores Diputados; como si pudiese caber en el alma y en la cabeza de un hombre racional que exista una inteligencia, ni ahora ni nunca, entre los representantes de eso

que llaman el Estado totalitario y el sentimiento vigoroso de libertad y de autonomía que late en el corazón de todos los catalanes!

¿Qué más? Se ha inventado un nuevo milagro del Marne. Todos habéis oído hablar del milagro del Marne. Los soldados de la República habían detenido los ejércitos alemanes. ¡Ah! Pero los reaccionarios franceses dijeron que aquello no era debido a los ejércitos de la República; era un milagro: Santa Genoveva había intervenido y detenido al pie del Marne a las hordas de los invasores. Ahora, que inmediatamente se hizo una reflexión: Santa Genoveva no operó en el año 1870, cuando había un Emperador, y resultaba que Santa Genoveva también debía ser republicana, porque no operaba más que cuando gobernaba la República. **(Risas.)**

Y aquí se ha inventado otro milagro del Marne, milagro que no sé a qué santo se atribuye **(Risas)**; pero otro milagro del Marne. ¡Ese frente de Aragón! ¡Ese frente de Aragón es otro milagro del Marne! ¿Por qué? El caso es, la verdad es, el hecho es que cuando empezó la última ofensiva en Aragón los soldados de la República estaban más cerca de Huesca y de Zaragoza que una semana después de haber estallado la rebelión. No se había retrocedido, se había avanzado y, sin embargo, ¡el milagro!, esos fascistas, esos ejércitos extranjeros que siempre atacan donde creen encontrar menos resistencia, no sé por qué milagro de Virgen del Pilar o de Virgen de Montserrat, o no sé qué otra cosa por el estilo, allí no han atacado. Es decir, que no es que los catalanes se hayan defendido, es que se ha producido el milagro y los fascistas no han atacado.

¿Qué más? Yo no quiero ir recordando aquí todas las cosas que se han inventado, por una parte, para zaherir a los catalanes; por otra, para humillar al resto de los españoles. Estamos continuamente sometidos a esta labor insidiosa, de intriga y, Sres. Diputados, algunas veces la intriga nos encuentra desprevenidos y nosotros también nos dejamos llevar por esas mentirosas historias. Y es preciso estar prevenidos; es preciso que estas mentiras, que estas insidias vengan a romperse contra un corazón de roca, pues nosotros hemos de estar convencidos de que sólo la unión de catalanes y, ¿qué digo catalanes?, de españoles puede salvarnos, porque si llegáramos a dividirnos unos y otros estaríamos perdidos.

De esto vengo a sacar en consecuencia dos cosas que parece que no tienen una relación inmediata entre sí. Donde más se han producido esas insidias, donde más han circulado, ha sido en el extranjero. Por experiencia personal, que coincide con la de otros Diputados que me acompañaron recientemente al extranjero, yo sé que allí se saca la impresión de que no tenemos bien organizado un frente internacional de propaganda; que es muy laudable, que es muy cierta, muy atinada, muy valerosa la acción de nuestros diplomáticos en Ginebra, pero que la Sociedad de Naciones es también un órgano de opinión; que hay una opinión internacional y que nuestros diplo-

máticos encontrarían el camino más llano si cuando entrasen en Ginebra llegasen allí en aras de una opinión suficientemente preparada, con toda clase de propaganda, con toda clase de acciones, con un rigor, con un sistema, con una disciplina, que fuese semejante a ésa que vosotros, el Gobierno de la República, habéis creado en el frente de combate. Hay que trabajar sobre esto; es necesario que no se produzcan sin respuesta inmediata, que no se repitan sin un contraataque inmediato cosas tan irrisorias como ésta que voy a relatar. Habíamos presentado la lista de 39 Diputados del Frente Popular fusilados por los rebeldes; a esa lista, a última hora, tuvimos que añadir los nombres de otros tres fusilados. Y bien; apenas se había hecho esta manifestación, se repartió entre todos los Diputados de todas las naciones que asistían a la Unión interparlamentaria un folletito en que se decía que nosotros también habíamos fusilado a mucha gente, y en esa relación, Sres. Diputados, se incluía el nombre del señor Florensa, que ahora debe estar aquí **(Un Sr. Diputado: Mal hecho.)**, que figuraba entre los fusilados. En la lista de los fusilados figuraba también el nombre de un Diputado sobre el cual creo que vamos a discutir un suplicatorio para concederlo o para denegarlo. En esa lista de los Diputados fusilados figuraban hombres que no han dejado nunca de percibir sus honorarios como Diputados de la República. Y, contra esto, ¿qué pudimos hacer? No tuvimos en aquel momento otro procedimiento que el de acudir a un periódico comunista, que nos prestó sus columnas para hacer la oportuna rectificación. Es preciso que estemos organizados. No digo que no exista una organización, señores; no vengo a criticar a nadie, no vengo a lanzar censuras contra nadie; pero sí tengo que decir, señores del Gobierno, que es necesario organizar un frente internacional, frente internacional que es tan interesante, no tan fecundo; pero tan interesante, por lo menos, como todos los otros frentes que podamos crear o que ya tenemos creados hasta ahora.

Y la otra cosa, la otra conclusión es la necesidad de poner un poco de tiento en la manifestación de nuestras diferencias, diferencias que son utilizadas, que son perfectamente utilizadas y laboradas en el extranjero. Eso que ahora aquí no tiene otra importancia que la lucha por la dirección de un Comité, es presentado en el extranjero como una diferencia radical que ha de separarnos a unos de otros. Yo digo—porque es necesario decir las cosas hasta con crudeza—que, ciertamente, cuando se lee muchos días la Prensa española, produce esa impresión, señores; hay que ir buscando entre sus columnas qué rincón se ha dejado para hablar del frente donde se combate; y, en cambio, todas las primeras columnas, y las primeras páginas, y todas, están llenas de esos agravios... **(Muy bien. Aplausos.)**

No basta, Sres. Diputados, haber creado un ejército único, no basta haber creado un mando único; en la retaguardia hay que crear un corazón único. **(Muy bien.)** ¡Todos un mismo corazón! Y si tenemos resquemores, que los arreglen

los encargados de resolver esas cosas; si hay un Gobierno regional que tiene diferencias con el Gobierno de la República, al Gobierno regional y al Gobierno de la República compete arreglarlas, porque si no el pueblo se impondrá y las arreglará por encima de todos nosotros. El pueblo no quiere diferencias; el pueblo vive de cara al frente, de cara a la guerra. Y, Sres. Diputados, hay algo más que vive de cara a la guerra, hay algo más que está por encima de todas nuestras miserias. ¿Podemos olvidar cómo han muerto los treinta y nueve Diputados desaparecidos hasta ahora? Han sido asesinados o han hallado la muerte por una causa común. ¿Es que han muerto por culpa del Comité tal o del Comité cual? Yo digo que, cuando nosotros olvidamos esto, hacemos traición a nuestros muertos y que los muertos levantarán su espíritu, se presentarán, como sombras activas, aquí para arrojarlos de nuestros puestos, si nosotros no nos hacemos dignos del martirio que ellos han sufrido por la causa de la República. **(Muy bien, muy bien.)**

Señores, hemos ganado la guerra civil, la tenemos ganada, y si no hubiese extranjeros en España, si no hubiese alemanes e italianos, nosotros la habríamos ya terminado. Ahora nos hemos de preparar para ganar la guerra extranjera, cosa que no es tan inverosímil como parece, porque a los italianos les ha costado ya más de 5.000 millones su intervención en las operaciones de España.

Y la Caja de esos pueblos estará bien nutrida, si no con recursos propios, con recursos extranjeros, mientras puedan presentar apariencias de victoria; pero en cuanto nosotros les demos un buen recorrido, el crédito y las Cajas de los Bancos se cerrarán a esos países que vienen a invadirnos y a llevar la guerra fuera de su casa. No es una cosa tan difícil, ni tan imposible como parece. Ya he dicho en otra parte que a España se la puede vencer, pero no se la puede dominar; y lo que no han hecho en otro tiempo dictadores bastante más robustos y más fuertes que el que ahora está siendo la risa de Europa, no lo harán estos otros, y por ello nosotros hemos de defendernos con la esperanza de triunfar.

Y en cuanto a vosotros, señores del Gobierno, me permito una censura: sois demasiado modestos. Habéis hecho una obra gigantesca—no hay más que volver el espíritu a lo que cada uno de nosotros sentía y temía hace un año, hace medio año, y comparar aquel estado de nuestro espíritu con la confianza que tenemos en nuestro pueblo—, habéis hecho una obra gigantesca, repito, y yo os digo que vuestra modestia personalmente os podrá honrar, pero como Gobierno puede debilitar en el pueblo la confianza en la victoria. Y no debéis ser modestos. Yo exigiría, ¡exigiría!, de los hombres del Gobierno que dejasen a un lado esta modestia y que obrasen todavía con una más grande decisión, con una mayor audacia. **(Grandes aplausos.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: Voy a conceder la palabra al Sr. Guerra del Río. Me parece ocioso recordar a los Sres. Diputados que la posición solitaria del Sr. Guerra del Río en la Cámara le hace,

anticipadamente, objeto del apoyo y del amparo de todos los grupos parlamentarios sin excepción. El Sr. Guerra del Río, pues, tiene la palabra.

El Sr. **GUERRA DEL RÍO**: Señores Diputados, he venido al Parlamento de la República, al anunciarse este período de sesiones de Cortes, con el firme propósito de no hacer oír en él mi voz; creía que mi especialísima posición política exigía de mí esa máxima prudencia; pero, al mismo tiempo, tenía y tengo la convicción de que mi deber, desde el momento en que podía trasladarme de Madrid a Valencia, era demostrar con mi presencia en esta Cámara mi adhesión inquebrantable a la República democrática, que vengo defendiendo desde hace más de treinta años; mi adhesión a la República democrática, a la República democrática federal, a la República liberal capaz de todos los avances, pero hoy día calcada en el Código fundamental que todos votamos en 1931.

No pensaba venir aquí para demostrar mi adhesión a este Gobierno, y menos al Frente Popular, no. Sigo siendo republicano como lo era antes de estallar el movimiento; pero entendía, y aún sigo creyendo que así lo entiende la Cámara entera, que cuando se está proclamando día tras día, y constituye nuestra principal fuerza, que se defiende una legalidad y que esta legalidad es la República parlamentaria, el interés de todos era que viniesen a estos escaños Diputados de todas las significaciones, con tal de que tuviesen un solo denominador común: el respeto, la adhesión a la legalidad republicana, al régimen que el pueblo se ha dado. En esta situación, me ha sorprendido el ataque brusco, inesperado, de una señora Diputado. Ello me obliga a levantarme para pronunciar pocas palabras más.

Creo que he hecho bien; pero a vosotros someto yo mi conducta. Si estimáis que en la defensa de la República no caben más Diputados que los que forman la mayoría del Frente Popular, dueños sois de hacerlo; pero no podréis seguir diciendo que España continúa siendo una República parlamentaria. Yo entiendo lo contrario: entiendo que España sigue siendo, debe seguir siendo, es nuestra máxima fuerza, una República parlamentaria; que ésta es la legalidad; que por eso puedo estar yo aquí, y que la Revolución hoy, ante Europa, no es la nuestra, que defendemos la legalidad, sino la de enfrente, la de los que se han sublevado contra la legalidad republicana. He dicho.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Pestaña.

El Sr. **PESTAÑA**: Señores Diputados, desde la sesión celebrada el día 1.º de Diciembre en el Ayuntamiento de Valencia, a la que acudí por deberes de Diputado por Cádiz, no he asistido a ninguna otra, ya que una enfermedad, contraída en el cumplimiento de mis obligaciones, me ha tenido, y temo que me tenga por algún tiempo alejado de las actividades a que con sumo placer y gusto me consagraba y me consagraré en cuanto me lo permitan mis fuerzas físicas.

He asistido a estas sesiones, primero, para reiterar nuestra incondicional adhesión y nues-

tro apoyo sin reservas al Gobierno de la República, porque el partido sindicalista, que yo represento aquí con una representación muy personal, no ha regateado jamás su apoyo a todos los Gobiernos que se han constituido desde el triunfo del Frente Popular hasta la fecha. Pero, además, la adhesión del partido sindicalista ha tenido siempre el fervor de la lealtad, a pesar de no estar nunca representado en ningún organismo oficial.

Yo acusaba en la sesión del día 1.º de Diciembre a quienes, formando parte del Gobierno mientras en los Consejos de Ministros disponían determinadas cosas, en la calle hacían otras. Esto no es adhesión; esto es, sencillamente, lo que ustedes quieren que sea, camaradas y amigos. Y aquella acusación por mí formulada en el salón del Ayuntamiento de Valencia sigue todavía en pie, desgraciadamente, porque quienes hoy forman parte del Gobierno, o las organizaciones cuyos representantes lo integran, siguen haciendo en la calle la política que conviene a su partido o a su tendencia y no la política que interesa al Frente Popular español. **(Muy bien, muy bien.)**

Pero nuestro fervor, nuestro entusiasmo, nuestra lealtad—si queréis, nuestro modesto sacrificio—están siempre a disposición de todos los Gobiernos del Frente Popular, aunque se nos niegue, quizá porque somos pocos—es una razón, la del número acaso; pero no la razón de la lógica—, representación en los Gobiernos que se puedan constituir.

Pero es, camaradas, amigos y Sres. Diputados, que yo he pasado muchas veces por la cárcel, sé el amargor de las persecuciones y sé que hoy en España no nos jugamos una persecución de un año y una amnistía después; nos jugamos la cabeza; y yo, honradamente, aunque sea egoísta, defiendiendo mi cabeza cuando defiendiendo la cabeza de los demás.

Expuesto ya el criterio de mi partido, de apoyo incondicional al Gobierno, quiero recabar, como recababa con palabra emocionada la camarada Dolores Ibarruri, un pequeño margen una libertad de acción para exponer aquí cuál es el criterio del partido en determinados problemas que hay planteados en España. Voy a ser un poco duro, un tanto agresivo, porque no acierto a ser de otra manera. Si acaso mis palabras fueran inconvenientes a los intereses de la República y a los de la lucha, yo rogaría a la Presidencia que, con su amabilidad, me llamase al orden y yo obedecería inmediatamente, porque empiezo por ser un hombre completamente disciplinado.

Decía el Presidente del Consejo en sus manifestaciones de ayer, que al constituirse el Gobierno, entre los diversos puntos que tenía que abarcar la nueva orientación, él entendía que debía estar el de concentrar en pocas manos la acción de Gobierno. Yo, que he adquirido la experiencia en la lucha discutiendo con las multitudes, también soy partidario de la concentración de poderes; pero hay aquella afirmación de Na-

poleón de que las guerras se ganaban con dinero, dinero y dinero; pero después de esa manifestación, o tal vez antes, porque yo en estas filosofías históricas no ando muy fuerte, se dijo que las guerras se ganaban con audacia, audacia y audacia, y los indios, que son gente muy inteligente, suelen decir: audacia, audacia, pero no demasiada audacia. ¿Por cuál de estas tres formas de expresión vamos a inclinarnos? Yo soy partidario de la última: audacia, audacia, pero no demasiada audacia.

Concentración, sí; pero no demasiada concentración, porque reducir el número de Ministros determina automáticamente un excesivo trabajo sobre aquellos que tienen que cumplir sus deberes; y hoy, salvando, con todo el afecto que por ellos siento, a los hombres que componen el Gobierno, a quienes hemos puesto ahí con la máxima responsabilidad, salvando sus personas, creo que no hemos ganado nada con esa concentración de poderes. Hay muchos servicios y de gran importancia en España que siguen tan sin atender como lo estaban antes. Y es que por grande que sea la voluntad de un hombre, por mucha que sea su capacidad de trabajo, el día no tiene más que veinticuatro horas; no hay medio de añadirle un minuto más. De esas veinticuatro horas necesita cuatro o seis para dormir (yo duermo más, pero concedo cuatro o seis a los Ministros); necesitan dos o tres horas para comer, por muy pronto que lo hagan; después les hacen falta diez horas para recibir a los importunos que vamos con visitas a molestarles constantemente. ¿Qué tiempo les queda para trabajar en una obra eficiente de Gobierno? Ninguno; les queda la noche, tras un esfuerzo agotador del día. Por ello sigo creyendo, con todo respeto para el criterio del Sr. Presidente del Consejo en relación con la concentración de poderes, que ésta no ha dado el resultado que se deseaba; que hay un exceso enorme de trabajo para ellos, y además hay otra cosa: que en la mayor parte de los Ministerios ha habido necesidad de que el Ministro delegue su firma en individuos que no sabemos si son de nuestra absoluta confianza (lo son, indiscutiblemente, de la del Ministro respectivo); pero ello implica, automáticamente, queramos o no, que en cada Departamento haya dos o tres Ministros en vez de uno: uno que responde y dos o tres que hacen. Claro está que si el día de mañana un individuo de estos que llevan la firma comete una de esas cosas que asustan, el Ministro se llevará las manos a la cabeza, recabará del Parlamento la responsabilidad plena de los actos que han cometido sus subordinados; pero nosotros, con un corazón tierno como doncellas, terminaremos por perdonar al Ministro y seguirá otra vez la zarabanda de cosas en la misma forma.

No soy, pues, partidario de la excesiva concentración, cuando la concentración determina el tener que dejar funciones específicas, que deben ser del Ministro exclusivamente, en manos de hombres de su absoluta confianza. No soy hombre partidario de la concentración, y creo que se cometió una equivocación con ella, sobre todo llevada a los extremos que se quiso llevar.

Fijada, pues, nuestra posición en este asunto... ¡Ah! Se me olvidaba decirlo. No pretendo con ello

plantear un problema político ni que se nos dé una cartera. No es que yo hable así para que la gente crea que aspiro a ser Ministro; a lo que aspiro sencillamente es a que las cosas de la República marchen bien.

De los demás puntos que trató el Presidente del Consejo de Ministros yo no voy a ocuparme. Su labor en el orden internacional (en esto quiero también rendirle mi fervor) ha sido magnífica. La labor realizada por el Dr. Negrín—a quien yo no conocía; le conocí personalmente en una visita que recientemente le hice—es magnífica. Sus colaboradores asimismo han cumplido, quizá más de lo que era posible, con su deber; y, de entre ellos, quiero rendir también el fervor de mi amistad al camarada Alvarez del Vayo, que siempre que ha tratado las cuestiones internacionales lo ha hecho con un acierto marcadísimo.

Brevemente voy a entrar en otras cuestiones y problemas que considero de interés. Una de las cuestiones que más preocupan a todos los españoles que no están aquí es la unidad antifascista. ¡Ah, la unidad! Todos juntos—dice la gente—triunfaremos; aisladamente no triunfaremos. Todos hablamos de unidad antifascista. Coged la Prensa: no hay ni un solo periódico nuestro que no hable de unidad antifascista; pero los periódicos, que tienen habitualmente cuatro, seis u ocho planas, los que tienen ocho, consagran dos a la unidad antifascista y seis a la separación de los antifascistas. Y perdemos. Aparte de la Prensa, nadie se sube a la tribuna si no es para atacarnos unos a otros. Hay excepciones; hay periódicos en España que constantemente, de una manera sistemática, borrando un poco incluso su personalidad política, hablan de unidad antifascista; los nuestros, los de nuestro partido, en primer lugar, aunque sea una inmodestia, y pocos más. Creo que hay algún diario en Madrid que también hace lo mismo; me parece que es "Política"... En fin, uno. No puedo citar con seguridad más que aquellos que, por las circunstancias en que yo vivo, llegan a mi poder. Pero, aparte de eso, no hay una verdadera unidad antifascista. No es que se haya roto ahora; se ha roto antes. Costó mucho llegar al Frente Popular antes de las elecciones de Febrero. Triunfante en las elecciones, en seguida surgió el problema mayoritario. Las fuerzas numerosas empezaron a decirnos a las fuerzas reducidas que no teníamos nada que hacer en el Frente Popular. Los primeros descartados fuimos nosotros; se nos descartó por completo. Callamos. Después vino el movimiento de Julio. Cuando, en Noviembre, acordó el Gobierno de la República salir de Madrid, se constituyó la Junta de Defensa, y me acuerdo exactamente, entre otras cosas que pasaron allí y que reservo para relatarlas cuando el momento sea propicio, de que la constitución de la Junta de Defensa fué a iniciativa mía y de algún otro, no porque no se hubiera pensado en ello, sino porque los que tenían el encargo de formarla habían olvidado, en las preocupaciones de aquella noche, que tenían una misión que cumplir.

A nosotros no se nos olvidó, y cuando nos reunimos aquella mañana en el Ministerio de De-

fensa, en la que era Secretaría del Comisariado general, al pasar revista a las organizaciones yo dije: Aquí faltan dos organizaciones. ¿Cuáles? Unión Republicana e Izquierda Republicana. Y me dijeron: No tienen nada que hacer aquí los republicanos. Yo pregunté: ¿No tienen nada que hacer? ¿Por qué? ¡Ah!, porque nos bastamos las organizaciones que estamos. En el frente de combate hay republicanos, en los Ministerios hay republicanos, en las instituciones del Estado hay republicanos. Los republicanos tienen que estar aquí. Y se les llamó y vinieron. Claro está que yo he de decir, en honor a la verdad, que algún tiempo después, de acuerdo los republicanos con aquellos mismos que no querían que fueran allí, echaron a nuestra representación de la Junta de Defensa y nosotros quedamos bonitamente en la calle sin decir una sola palabra. No es un reproche, es una verdad. Yo soy hombre que dice las verdades. Luego hemos ido continuando esta lucha, y es que hay un concepto terrible de la unidad.

Cuando se empezó a decir en la Prensa que era preciso llegar a la unificación absoluta de la C. N. T. y de la U. G. T., yo quedé un poco escamado y un tanto perplejo. Dije: ¿Qué se pretende aquí? La pretensión se vió clara, como se ha visto después. Y es que aquí tenemos el concepto de la unidad por la absorción. Decimos: unidad, pero a cambio de que los demás se sometan a nosotros. Hay que cambiar el sustantivo y el concepto. Hay que ir a la unidad por la tolerancia. Sres. Diputados: ¡La unidad por la tolerancia! Es decir, que nos hemos de tolerar todos. Mientras que las circunstancias actuales duren, mientras la guerra exista, mientras en España esté el fascismo delante, mientras esté invadida por ejércitos extranjeros, hemos de tolerarnos todos los que seamos antifascistas. No puede haber más consigna ni puede haber otra denominación común para todos los españoles de la España leal y antifascista, por encima de socialistas, comunistas, sindicalistas, republicanos, o de lo que sea. Este es mi concepto: unidad por la tolerancia. Porque la intolerancia está llegando a extremos verdaderamente terribles.

Yo he escuchado con sumo placer, con agrado infinito, las declaraciones de "Pasionaria", cuando decía: "Nosotros los comunistas, el Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, queremos la unidad por encima de todo". Ahora bien; es preciso que esa consigna del partido, esa consigna de los dirigentes de partidos descienda hasta lo que se llama las últimas capas populares de los partidos. ¿Por qué? Porque con gran trabajo, con esfuerzo increíble estamos constituyendo un Ejército popular. Contra mi forma de ser, contra mi historia de un concepto anarquista de la vida, me levanté el primero en Madrid a decir que necesitábamos un Ejército popular y una disciplina en el Ejército. Muchos de mis amigos se quedaron asombrados. ¿Dónde va Pestaña?, decían. Yo no sabía dónde iba, porque no adivino los acontecimientos; digo las cosas como las siento y a ellas voy.

Hemos logrado constituir un Ejército popular, pero he de advertir al Ministro de Defensa Nacional, que seguramente me escucha, al Gobierno y a todos los Sres. Diputados, que el Ejército popular está minado por otra organización que está incrustada ya dentro del Ejército. Tengo pruebas, documentos terriblemente acusadores, copias de documentos oficiales, en los que se habla de la existencia de esa organización, en donde se dan los nombres de las organizaciones que están allí, de la forma como se procede, de que se imponen duros castigos a los militares, oficiales y soldados, que no se someten al cumplimiento de la disciplina que impone esa organización. Eso está aquí (muestra unos documentos), y son documentos oficiales. No sé si me permitirá el señor Presidente de la Cámara...

El Sr. **PRESIDENTE**: Ruego a S. S. que, después de hecha la indicación que acaba de hacer a la Cámara, si estima conveniente completarla, lo haga cerca del Sr. Ministro de Defensa Nacional. Cualquier otra divagación acerca de este tema, comprenderá el Sr. Pestaña que favorece escasamente los intereses generales que S. S. con tanta elocuencia está defendiendo.

El Sr. **PESTAÑA**: Agradezco al Sr. Presidente esa atención. Por ello preguntaba si podía leer estos documentos; pero digo que están aquí las pruebas.

No es eso sólo. Hay militares profesionales, afectos a la República, republicanos de corazón. No tienen mando, porque así lo imponen determinadas actuaciones políticas. Hay brigadas, en sitios de peligro, a las que se les niega tener hasta morteros y ametralladoras para su defensa, y si se quejan...

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Pestaña, S. S. me ha prometido atenerse a las indicaciones que acabo de hacerle; pero, al momento, no sólo ha seguido por el peligroso camino iniciado, sino que lo rebasa.

El Sr. **PESTAÑA**: Ni una palabra más sobre ese asunto, sino pedir al Gobierno, rogar al Gobierno, si quiere que le ruegue, que ese estado de cosas termine, porque está creando una situación difícilísima y peligrosa.

La gente quiere unidad, pero, repito, por la tolerancia. No se discute hoy ni lo que vamos a hacer, ni lo que vamos a dejar de hacer. Lo que se discute es lo que vamos a hacer, y lo que debemos hacer es ganar la guerra por encima de todo. Dicho proselitismo va unido también a eso. Y es que el proselitismo político ha rebasado ya el Ejército. Llega ya a todas las instituciones del Estado. A hombres competentes, que se hallan al servicio de determinadas instituciones, porque no pertenecen al partido político cuyo Ministro rige aquella cartera, se les dice que hagan el favor de marcharse si no quieren ser declarados cesantes, y se llega a esta dureza de expresión, a cuyo procedimiento ni siquiera llegaba la monarquía. Yo pregunto: ¿esto es unidad, Sres. Diputados? ¿Hay tolerancia? ¿Hay comprensión? No.

Yo trato estas cuestiones de una manera exclusivamente personal. En las pocas funciones que

he desempeñado y que el Gobierno tuvo a bien conferirme, nunca he tenido en cuenta la categoría ni la cédula política de quienes estaban a mi lado, sino únicamente que cumplieran con su deber y fueran leales a la República. No he hecho la menor insinuación, porque yo lo hubiera considerado como una imposición, no a la conciencia de quien estaba a mis órdenes, sino a mi propia conciencia, que es lo que más respeto, por encima de todo, y el único tribunal al que someto constantemente mis actos.

Y ahora hablemos un poco de la retaguardia. Decía D. Pedro Corominas, Diputado por Cataluña, que uno de los problemas más difíciles eran las industrias de guerra. Yo pregunto, Sres. Diputados: pero, ¿es que después de quince o dieciséis meses de guerra no hemos podido todavía organizar nuestras industrias de guerra? ¿Por qué? Porque la política de partido se ha metido en las industrias de guerra.

Un solo ejemplo. Yo tengo fama de buena persona y me llueven las quejas de toda España, de todos los sitios y hasta de individuos pertenecientes a otras organizaciones políticas. Es para mí un honor, pero es al mismo tiempo una gran responsabilidad. Pues bien; en una población que no nombraré, naturalmente, se montó por el esfuerzo de los componentes de la misma una industria de guerra, industria perfectamente funcionando, perfectamente montada y que hace unos trabajos magníficos, al extremo de que ha merecido plácemes cuando, después de cuatro meses de funcionamiento, se personó el Estado allí a ver cómo funcionaba. Pero no fabricaba más que determinado aspecto de un material de guerra, y viendo el buen resultado obtenido, los camaradas de aquella población, todos del Frente Popular, porque allí están todos unidos, afortunadamente para ellos, sin distinción de ideologías ni de matices, pensaron ampliar su fábrica, construir en ella la totalidad del material, y con el dinero que ellos reunieron marcharon al extranjero, compraron las máquinas necesarias, las trajeron, llegaron a la frontera hace cinco meses y ya no han aparecido más. Han entrado en España, naturalmente, pero la política ha hecho que esas máquinas estén arrumbadas en cualquier bodega o en cualquier sitio, sencillamente porque no era del agrado de determinados elementos políticos que esa fábrica funcionara. Este es un hecho que entraña una máxima responsabilidad.

Podría ir más lejos en estas insinuaciones, pero creo que con lo dicho basta para que os podáis dar cuenta de cómo se está jugando, primero con la voluntad de España, segundo con la vida de mucha gente que está en los frentes y, tercero, con la propia responsabilidad, porque si se tuviera un sentido acusado de la responsabilidad sería completamente imposible proceder de esta manera. Repito que cito un caso y podría citar muchos.

Yo pregunto después de estas manifestaciones: ¿Es que hay cordialidad entre los elementos del frente antifascista? ¿Hay cordialidad? ¿Hay

si siquiera respeto? ¿Se tienen siquiera en cuenta las condiciones en que nos estamos debatiendo? Se habla del extranjero. Claro que mis palabras de aquí pudieran ser aprovechadas por elementos internacionales; pero, ¿es que quizá ignoramos que esto lo sabe todo el mundo? ¿Es que no es del dominio público esto, como lo era en Europa hace un mes o mes y medio, que aquí se estaba trabajando para un golpe de Estado militar con determinada tendencia política española? Esa fué una de las razones por las cuales Europa, en un momento dado, nos ha vuelto la espalda. ¿Es que creemos que no tiene el extranjero aquí investigadores e informadores extraoficiales que lo conocen todo? Soñamos, soñamos, y si soñamos hay que despertarse para vivir la realidad trágica por que España atraviesa en estos momentos.

Otro problema: la retaguardia. ¡Ah! Uno de los servicios más importantes en la retaguardia es el espionaje y contraespionaje. ¿Qué hemos hecho en esto? Nada o muy poca cosa. Ahora nos encontramos con tres servicios de contraespionaje.

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Pestaña, advierta S. S. que de ciertas cosas no se puede hablar en la Cámara.

El Sr. **ALBORNOZ**: Pero si el Parlamento no es eso, no será nada. (Rumores.)

El Sr. **PRESIDENTE**: El Presidente de la Cámara, sometido en todo instante a la voluntad de los Sres. Diputados, cree interpretar el Reglamento y sus deberes impidiendo que en la crítica que se pueda hacer de los actos del Gobierno se deslice o se afirme algo que afecte a los órganos de seguridad del Estado.

El Sr. **PESTAÑA**: Conforme con esa teoría.

El Sr. **PRESIDENTE**: Creo que con ello cumplo un deber, en el cual seguramente me acompaña la voluntad de la mayoría de la Cámara. (Muy bien.—Aplausos.)

El Sr. **ALBORNOZ**: No le acompaña en eso la mayoría de la Cámara.

El Sr. **PRESIDENTE**: Señor Albornoz, bastará que S. S. haga uso de los medios reglamentarios para probar la afirmación que acaba de hacer, y en ese momento el Presidente que os dirige la palabra bajará de su sitial.

El Sr. **ALBORNOZ**: Pido la palabra.

El Sr. **PESTAÑA**: Yo atiendo gustoso las indicaciones del Sr. Presidente de la Cámara, pero lo que iba a decir es que he tomado estos datos de la Prensa de Valencia y pregunto si es que lo que dicen los periódicos valencianos no se puede decir en el Parlamento. Si no se pueden decir aquí estas cosas, ¿cómo es que se dicen en los periódicos? ¿No hay una censura? Ciertamente que la hay, pero la censura sirve para impedir que se hable de la necesidad de ampliación de la base del Gobierno actual, permitiendo, en cambio, que se den determinadas noticias y ciertos comentarios como éstos. (Aplausos.)

Este es el problema y ésta es la situación, señor Presidente de la Cámara. Yo creo que ha de haber un poco de sentido común. Me doy cuenta

de la responsabilidad de mis palabras, pero iba a decir precisamente eso: que estas cosas se han dicho en la Prensa, y se da incluso el domicilio donde residen algunas de estas organizaciones. Es aquí donde se ve la confirmación de lo que he afirmado al principio, al decir que la excesiva concentración en el orden ministerial ha determinado la atonización de los servicios y que muchos de ellos no estén debidamente atendidos y vigilados por aquellos que tienen la máxima responsabilidad. Esto es lo que quería decir.

Otro de los problemas, también de la retaguardia, es el relacionado con el caso curioso que estamos observando. Se detiene a los elementos fascistas, se les condena a tres o cuatro meses de cárcel y a los cuatro meses se les pone en libertad. ¿Es que creemos que esos individuos, después de cuatro meses de cárcel, van a salir afechos al régimen y amigos nuestros? Esos, cuando salen de la cárcel, son peores que antes de entrar, y yo, que hablo por experiencia, porque quien ha pasado muchos meses en las cárceles perseguido por los Gobiernos sabe mucho de esto, digo: o se tiene una vigilancia constante y discreta sobre esos elementos, o se les confina en determinados lugares, o no se les condena, o bien se les condena de manera indefinida. Yo sé que esto es terrible. No se puede coger a un hombre, arrancarle de su vida social y meterle en la cárcel amargándole la existencia y haciéndole sentir más odio hacia nosotros y al día siguiente lanzarle a la circulación pública diciendo: Puede usted hacer lo que le dé la gana". Esto significa una equivocación que es necesario corregir. Se trata de problemas capitalísimos, que son los que, como señalaba el Diputado Sr. Corominas, envenenan luego el ambiente y los que cuentan esos bulos.

Claro está que para eso hay muchos procedimientos. Se habla de la quinta columna; yo he hablado alguna vez de la sexta columna, compuesta por los que están en nuestros medios y en nuestras propias organizaciones, avalados por los partidos políticos o por las organizaciones sindicales. Si echara mano de mi documentación, verían los Sres. Diputados cosas un poco curiosas y hasta un poco risibles respecto al particular. Yo he visto el aval de dos partidos políticos y de las dos sindicales a un ciudadano que confesó ante la Policía y ante el juez haber hecho pasar a su hijo la frontera y que está combatiendo con el enemigo frente a nosotros. Este individuo goza de libertad, amparado y protegido por dos gentes de Policía y por un juez; queriendo procesar, en cambio, al Ayuntamiento del pueblo de donde es natural porque se había incautado de unas tierras y unas casas que allí tenía. Su confesión de enemigo del régimen, de que ha sacado a su hijo fuera de España, no mueve a la Policía ni al juez a meter a este hombre en la cárcel, siquiera sea como medida de precaución. Son hechos éstos de importancia capital que están produciendo una desmoralización en la retaguardia, por los elementos fascistas que no tienen previamente una condición absoluta de tales. A este respecto me decían los elementos de ese

Ayuntamiento: "Pestaña, vigile, porque el mejor día nosotros, que somos los únicos hombres de izquierdas de este pueblo, iremos a la cárcel y no tendremos, desgraciadamente, quien nos saque de allí, a pesar de lo que hemos sufrido".

Son hechos éstos de una realidad brutal y descarnada, que, como he dicho al principio, expongo como sé, porque no tengo otra manera de decir las cosas.

No quiero continuar. Quizá no tuviera bastantes fuerzas para dominarme; el Sr. Presidente tendría que llamarme la atención nuevamente y no quiero que mis palabras puedan parecer como perturbadoras de la armonía que hay aquí. Una armonía un poco ficticia, pues cada uno de nosotros sentimos en nuestra conciencia un poquito de engaño, pero que vamos tolerando. Yo estoy seguro de que aquí se han pronunciado discursos y dicho cosas magníficas; pero cuando salimos fuera, cada uno de nosotros va diciendo: ¿Para qué todo esto, si todos estamos convencidos de que es así? Y es esta ficción la que se quiere mantener, esta ficción de falta de sinceridad en los hombres que vienen aquí obligados por disciplina de partido la mayor parte de las veces, porque quiero suponer que no es que no haya sinceridad en los hombres, es que las conveniencias de partido obligan a callar; pero esas conveniencias tienen un límite que es el interés nacional, que está por encima de todos los intereses de partido y de todos los beneficios que los partidos puedan obtener. O somos representantes de un estado de opinión de la calle, representantes del alma popular, o es que el régimen parlamentario—permitidme que lo diga como lo dije otra vez en el Parlamento—no sirve para nada. Es la expresión de la conciencia lo que hay que traer aquí.

Quero decir unas breves palabras, ya que se ha hablado aquí de la situación de la C. N. T., de la Confederación Nacional del Trabajo, que tuvo una representación ministerial, que actualmente no la tiene y que no sé si la tendrá mañana. Contra la Confederación Nacional del Trabajo se está desencadenando una persecución terrible y sistemática. Quiero suponer, y acepto, que dentro de la Confederación Nacional del Trabajo, después del 19 de Julio, quizá de antes, hay elementos indeseables; lo han declarado sus propios dirigentes y lo ha dicho su Prensa. ¡Ah!, pero es que nadie está libre de esto; que nadie tire la primera piedra, porque nosotros podríamos tirar del hilo y sacar muchas cosas a relucir. Ahora bien; es necesario (yo me dirijo al camarada Zugazagotia, a quien aprecio porque hace muchos años que nos conocemos), es preciso que la persecución contra los elementos indeseables de la Confederación Nacional del Trabajo no vaya también de una manera sistemática contra la Confederación Nacional del Trabajo como organización sindical, porque en la Confederación Nacional del Trabajo hay hombres que merecen el respeto de todos los que estáis ahí; hay hombres que han luchado años y años por esa organización y han hecho por ella todos los sacrificios que podían hacer, y éstos son

merecedores de respeto. Cuando la Confederación Nacional del Trabajo constituye Cooperativas, se ha perseguido a esas Cooperativas y se han suprimido; cuando entra en la vía legal, se le quita los instrumentos que pone en práctica para entrar en la vía legal. ¿Por autoridad? Quizá no; quizá por sistema, quizá más bien por tendencia política. Respetémonos. Ya lo he dicho antes: la unidad antifascista por la tolerancia de todos.

Y como última cuestión, voy a plantear al Parlamento la siguiente: yo solicito del Gobierno una disposición terminante, rotunda, categórica, concreta, tajante, como sus señorías quieran, apliquenla todos los calificativos que les plazca. Se trata de la prohibición absoluta de que los militares con mando intervengan en ningún momento en ningún acto público. El militar con mando, a cumplir con su deber. **(Muy bien.)** No se puede ver con esa displicencia, con esa indiferencia con que lo estamos viendo, lo que ocurre; no se puede hacer desfilar por Madrid 25.000 soldados por dar gusto a una organización. Estos 25.000 hombres se baten en los frentes y luego necesitan el domingo para su reposo. Eso, repito, no se puede hacer. Solo cuando las autoridades legítimas, solo cuando la Presidencia de la República, cuando el Gobierno lo requieran, deben desfilar ante ellos las fuerzas, unas y otras; lo que no se puede hacer es obligar al Ejército a que desfile porque convenga a una organización. Porque mañana, por ejemplo, podríamos nosotros hacer desfilar a 20.000 hombres, pero ¿es que no merece más respeto el que está en el frente? Repito que es una petición que hago fervorosamente. Ya en una ocasión, con motivo de las cosas que han pasado en el Comisariado de Guerra, el Ministro de Defensa Nacional, camarada Prieto, dispuso terminantemente esto. Claro que lo ha dispuesto y no se cumple, cosa muy corriente en los españoles, pero poco a poco, si se tiene criterio claro y sentido recto de las cosas, se irá imponiendo esa norma aplicándola también a los militares con mando. Menos discursos en la tribuna y más acción donde convenga.

No quiero extenderme mucho, porque temo que el Sr. Presidente me llame la atención; pero recientemente publiqué un artículo, un párrafo del cual se refería a determinadas cosas. Lo tachó la censura; supongo que tendría el mismo criterio que el Presidente de la Cámara. Yo no espero ser nunca Ministro de Defensa, pero si lo fuera os prometo que si a las diez de la mañana tomaba posesión del Ministerio, a las once habría dispuesto que ningún militar hablara si no era por boca del propio Ministro de Defensa. La guerra europea nos ha dado el ejemplo; ahí están esos generales, revestidos de honores y respetados por el pueblo, y que jamás se les ocurrió ir a un mitin cuando tenían operaciones preparadas en su sector. Sin embargo, en España un general, un coronel, un comandante, cogen el automóvil y se van donde les da la gana, y no tienen a nadie que les diga nada; no existe una organización militar. Existe la organización de la voluntad de

cada uno, y así no triunfaremos, y así no ganaremos la guerra.

Yo he dicho en la tribuna pública, cuando mis condiciones de salud me lo han permitido, que ganaremos la guerra si sabemos ganarla y sabemos vencer, porque no crean los Sres. Diputados que la guerra se gana con discursos aquí cuando decimos, inflamados de pasión, de fervor y de entusiasmo, que tenemos un gran Ejército y un gran pueblo y que vamos a triunfar. Nada de eso, sino gracias al instinto del pueblo—lo reconozco—que, afortunadamente, es muy superior en la mayor parte de los casos a lo que creen sus dirigentes. Si no fuera por el instinto de este pueblo, su sentido de la lucha, algo que vibra en el alma española y que nos asiste, ¿dónde estaríamos a estas horas? Ya no se hablaría de nosotros sino como un recuerdo que ha pertenecido a la Historia. Yo quiero rendirle este tributo y repetir que el militar se revista de la dignidad que tiene su cargo y, sobre todo, que no se prosigan esas campañas condenando a todos los militares profesionales de una manera sistemática, como se viene haciendo, porque indudablemente ha habido malos, pero también los hay buenos, y no olvidemos también que entre los que han salido hay casos verdaderamente terribles, y yo no he creído nunca que esa política sea útil a nuestro país.

Y nada más, Sres. Diputados, sino decirles que para triunfar necesitamos hacer todavía un gran esfuerzo; que hemos hecho muchas cosas para perder la guerra y no lo hemos conseguido; que tenemos muchas probabilidades para triunfar y hemos desperdiciado la mayor parte de ellas, como el hijo pródigo desperdicia el caudal que heredó de sus padres; que podemos triunfar todavía. Este es mi convencimiento, lo digo con sinceridad y sin pasión. Podemos y tenemos probabilidades para triunfar, pero, ¡cuidado!, que así como el hijo pródigo llega un momento en que su fortuna disminuye en forma que tiene que mendigar en la calle para vivir, nosotros, al desperdiciar las facilidades que hemos tenido y tenemos para ganar la guerra, quizá tengamos que mendigar el procedimiento para que no nos corten la cabeza.

A esta labor es a la que debemos consagrar-nos, a este respeto mutuo de todos, a esta comprensión, porque resulta que los españoles generalmente no tenemos comprensión nada más que en los momentos trágicos de nuestra historia. La tuvimos el 19 de Julio; todo el mundo se fué a las trincheras, nadie preguntó quién estaba a su lado, cómo pensaba, adónde había pertenecido; si uno caía herido, el que estaba a su lado lo levantaba y ocupaba su puesto. Quedaron en la retaguardia los que se aprovecharon de la revolución, porque la mayor parte de las monstruosidades que se han cometido en esta revolución se deben a los que se quedaron atrás y que hoy, naturalmente, se imponen como verdaderos revolucionarios. Yo tendría que preguntar desde esta tribuna, como recientemente lo hice desde la Prensa: Cuando éramos perseguidos por la monarquía, cuando éramos perseguidos por la dictadura, en aquellas horas amargas vividas con esa intensidad dramática de los hombres perseguidos, ¿dónde estaban la

mayor parte de estos revolucionarios que ahora despotrican desde la tribuna y desde la Prensa? Así, muchos de ellos han encontrado el procedimiento; se han metido en la casa de un burgués, ocupan un piso espléndido. Y yo digo: pase si lo habéis hecho; pero hay que ir a las trincheras unas horas a defender ese piso de que os habéis incautado, porque de lo contrario os quedaréis sin él. (Aplausos.)

Esos problemas, que son vigentes, han de preocupar muy vivamente a los Sres. Diputados, y principalmente al Gobierno, y yo no quiero más que llamar la atención sobre el hecho para decir esto: podemos ganar la guerra todavía si sabemos ganarla; podemos vencer si sabemos vencer. Si no, el que pueda se irá; los otros irán a los campos de concentración o a la cárcel a lamentarse de que no se hizo eso, lo otro o lo de más allá para triunfar, para vencer a nuestros enemigos. ¡Serán lamentaciones tardías!

El problema es trágico, porque además, como se decía ayer, no se debate en esta lucha el triunfo de esta tendencia o de la otra; no se debate el que avancemos más o menos en la revolución; lo que se debate, sencillamente, es el porvenir de España, su historia, la independencia de nuestro país; se debate el que podamos nosotros cumplir la misión que nos impusimos antes del 16 de Febrero, y para ello, si es necesario retroceder, retrocedamos hasta donde sea indispensable, para volver a avanzar después, cuando la ocasión nos favorezca y nos sea oportuna.

Nada más, señores Diputados. (Grandes aplausos.)

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Lasarte.

El Sr. LASARTE: Señores Diputados, me hago cargo de las circunstancias de hora y de verdadera finalización de este debate en que me levanto a hablar; pero es un deber honroso, de gran responsabilidad para mí, el que me ha conferido la minoría nacionalista vasca, y es forzoso que yo, la más modesta voz de la minoría y del Parlamento, pronuncie unas palabras fijando el punto de vista de la minoría en relación con la declaración ministerial hecha a la constitución del Gobierno y ratificada ayer, en su discurso, por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

Recuerdo que hace un año exactamente, en Madrid, en memorable sesión, fué aprobado el Estatuto vasco. En aquella sesión, por la voz autorizada y elocuente de nuestro compañero de minoría, actual Presidente del Gobierno vasco, José Antonio de Aguirre, fijó la minoría vasca su posición en la guerra provocada por la rebelión militar y mantenida por la intervención de los Estados fascistas europeos. Nuestra posición, en realidad, fué fijada en el momento en que cada uno de nuestras respectivas localidades, conocimos la iniciación del hecho de la rebelión militar del 18 de Julio de 1936. Nosotros, que no teníamos responsabilidad en el Gobierno, ni teníamos compromisos políticos con los partidos formantes en el Gobierno de aquella fecha, instantáneamente, espontáneamente, con toda premura, con toda intensidad, comenzamos desde aquel momento a colaborar, a lu-

char en nuestra posición antifascista, en la posición que, derivada de nuestras concepciones ideológicas y de nuestra tradición política, teníamos forzosamente que sostener, como así lo hicimos.

Se fijó esa posición y ratificó en el Parlamento por boca del Presidente actual del Gobierno vasco, y se ratifica esta posición por mi modesta boca en estos solemnes momentos de la reunión de Cortes de hoy.

Entre las pocas cosas que he de decir, tengo que abundar en el razonamiento que, con palabra clara y elocuente, ha hecho el jefe de la minoría catalana, Sr. Corominas. Yo no vengo ni a hacer críticas, ni a levantar protestas, ni a hacer ninguna otra cosa que no sea el pronunciar unas palabras de adhesión sincera y cordial al Gobierno; pero se ha de permitir a un Diputado vasco el lamentar, así como el Sr. Corominas hacía ver, respecto a los catalanes, que se acogan, se propaguen y se difundan bulos, historias, noticias que pueden redundar, yendo contra ellos, en perjuicio de la unidad antifascista; también corran esas historias y bulos con relación a la posición mantenida por Euzkadi en la guerra, con la misma finalidad de quebrantar la unidad en las trincheras y del frente antifascista.

En Euzkadi, durante este año, han pasado muchas cosas. Seguramente se ha vivido con más intensidad y con más dramatismo que en ninguna otra parte la guerra, esta guerra en que desde el 19 de Julio vivimos.

Hoy el resultado de este año de guerra es para nosotros, los vascos, el de que Euzkadi entera se halla sometida al yugo fascista; en que, después de una lucha, de una lucha difícil, de una lucha trágica, por las circunstancias especiales de aislamiento geográfico, por las circunstancias de escaseces de aprovisionamiento, por las dificultades todas derivadas de nuestra situación geográfica especial; después de un año difficilísimo, después de un año de lucha, no ha habido más remedio que ceder al hecho fatal: el caer ante la superioridad de dos Estados que se han ligado con los sublevados para apoyarles decisivamente y, en este caso concreto, que, temporalmente, nos han subyugado, al menos hasta el día de hoy. Pero está en pie—y es lo que yo quiero hacer destacar—nuestra obra.

Hablo un poco en plan del vasco que tiene que seguir las orientaciones y tiene que alabar y tiene que reconocer la obra que ha hecho el Gobierno vasco. Tenemos en pie nuestra obra, nuestro crédito, nuestra consideración; esta obra, este crédito y esta consideración es la que hoy en día únicamente podemos poner y ponemos, de todo corazón, al servicio de la causa que estamos defendiendo.

Decía que, en cierto modo, este razonamiento del Sr. Corominas lo podía hacer este modesto representante de la minoría nacionalista vasca. No se reconoce con la suficiente sinceridad, a mi modo de ver, el sacrificio que ha hecho Euzkadi durante la guerra. En Euzkadi se han dado los ejemplos más horribles, que quedarán en la Historia, de lo que llaman los técnicos extranje-

ros, al servicio de Franco, la guerra total, la guerra totalitaria. Ahí está Eibar, la primera ciudad donde se proclamó la República; ahí está Durango, ahí está Guernica, ciudades de las que apenas queda más que el recuerdo; ciudades que se hundieron bajo la metralla fascista, sepultando a miles y miles, en un número que todavía no se ha podido determinar, de pobres mujeres y pobres niños indefensos. Ahí está el número, verdaderamente elevado, teniendo en cuenta la proporcionalidad con el número total de efectivos de que se disponía; el número de bajas de nuestro Ejército en el resultado total de las registradas, de las controladas, en la campaña: 40.000 bajas. Y ahí está el resto del Ejército, una gran parte del Ejército, por las circunstancias que he dicho claramente de inferioridad circunstancial, prisionero de los enemigos, y ahí está finalmente el que queda todavía en el frente, también de la angustia, de Asturias.

Ha sido, señores Diputados—y perdonad que lo diga yo, pero creo que tengo el deber de decirlo—, un año de sacrificio, que podrá ser igualado, pero no puede ser superado; un sacrificio que tiene, además, la coronación, como si dijéramos, de que, después de toda esta gente sacrificada, gente del Ejército, gente de población civil, un consejero del Gobierno vasco, precisamente el representante en el mismo de la tendencia que acaudilla el señor Presidente de las Cortes, es aprehendido por los rebeldes y fusilado pocos días después.

Pues bien; esto en materia de guerra y en materia de organización de la retaguardia, en una organización que estimo también, ha sido perfectamente eficiente, perfectamente justa, y en la que ha habido una magnífica unanimidad entre las fuerzas componentes del Gobierno vasco. Todo esto es en este momento una cosa ya pasada, una cosa cuya continuidad histórica se ha quebrado como consecuencia de la actual situación de Euzkadi sometido al fascismo. Ante esto—y no voy a entrar en detalles, pues todo el mundo sabe, o se figura al menos, cuál es la posición que hemos de adoptar frente a determinados problemas como consecuencia de nuestra ideología, de todos conocida—, la minoría vasca concreta y reitera su adhesión al Gobierno que se sienta en el banco azul.

El Sr. Presidente del Consejo de Ministros señaló sus orientaciones e indicó lo que se había hecho y lo que estaba en su propósito realizar, en tres capítulos: política interior, política económica y política internacional. Estamos de acuerdo, en sus líneas generales, con las orientaciones que se piensa seguir, expresadas en las palabras pronunciadas por el Sr. Negrín.

El Sr. Corominas ha pronunciado también unas palabras enfocando la cuestión internacional que, a mi juicio, son muy acertadas. Reconociendo la buena obra que el Gobierno de la República ha llevado a cabo en este sentido, hay motivos para creer que es mucho lo que se puede y debe hacer, siempre tendiendo a mantener e intensificar la

simidad más íntima posible con todos los países democráticos del mundo.

Ahora quiero decir unas palabras en relación con otras expuestas por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros en cuanto a orientaciones respecto a la política interior. Yo, como representante de una minoría en que por orientación y convicción individual somos católicos, tengo el deber, al modo de entender de mi conciencia, de solicitar que en esas orientaciones se incluya la de ir mejorando paulatinamente—claro es que lo más rápidamente que sea posible—el estado actual de hecho en que se encuentra en España la cuestión religiosa y, en concreto, el culto católico. Si, como dijo el Sr. Presidente del Gobierno, hay que llevar el respeto de la ley y el respeto del derecho a todas las actividades y a todas las ideologías que no se hallen fuera de ese derecho, es evidente, a mi modo de ver, y es necesario y político, que en esa orientación se tienda a dar un cauce jurídico a la posibilidad de ir en este punto acercándose a los principios generalmente admitidos en orden a la práctica de los cultos, entre ellos el católico.

Quiero hacer presente a la Cámara una modesta opinión, que ya he enunciado: esta orientación es, a mi juicio, además de obligatoria para una conciencia católica y desde el punto de vista constitucional, conveniente desde un punto de vista político. A este respecto, nosotros, naturalmente, colaboramos como podemos y con nuestra significación como grupo a dar a conocer por el mundo el verdadero carácter de la lucha planteada en el territorio español, en el Estado español, que no es lo que pretenden los fascistas, una lucha entre el cristianismo que dicen ellos representar y el comunismo que afirman es el bando opuesto, sino la por todos conocida.

Por ello podemos decir que en Europa hay un conato—vamos a calificarlo así—de estado de opinión entre gentes católicas, que verían con mucho gusto y considerarían muy político, pues extendería el área de influencia de la República en la opinión internacional, el que se encauzara una orientación política en el sentido que he indicado y se llegara al restablecimiento de lo que, por otra parte, como digo, es constitucional en esta materia.

Y puedo citar el caso del cual nosotros mismos hemos sido testigos. En el reciente Congreso celebrado por la Internacional Obrera Cristiana de Utrecht hemos estado presentes los vascos, en tanto que no han podido asistir, por haberlo prohibido la Mesa y por no haberlo aceptado los congresistas, ni la representación de los Sindicatos del territorio de Franco, que quiso acudir, ni las de los Estados totalitarios, como tampoco las de aquellos que no tienen una política social de libertad, como Polonia y Austria.

Dijo también el Sr. Presidente del Gobierno que circunscribía toda la política de éste y la suya propia a esta finalidad, enunciada indiscutiblemente con una gran precisión: ganar la guerra y preparar, mientras tanto, el ganar la paz. Sin perjuicio de lo que en cada punto y en cada momen-

to concreto podamos opinar en los distintos problemas, ésa es también nuestra orientación, y por ello apoyamos al Gobierno que se sienta en el banco azul.

Hizo igualmente una mención final: que había que sentir fe. Pues bien; nosotros, que, como digo, hemos pasado un año de inmensa tragedia, de ir trajinando de pueblo en pueblo, oponiendo nuestros pechos a la invasión fascista y ofreciendo a ésta, paulatinamente, con ese apego tradicional del vasco a su tierra, una resistencia decidida y fundamental, mantenida por el nacionalismo vasco y por el pueblo en general; nosotros, después de todo este tiempo, tenemos la misma fe que el 18 de Julio, cuando, voluntaria y espontáneamente, nos pusimos al lado del Gobierno y de la legalidad, para ir contra la revolución entonces iniciada. Tenemos una fe invencible. Nosotros que, como vascos, podemos, en una primera reacción, considerar mala nuestra situación en estos momentos, mantenemos esa fe indomable en nuestro triunfo, en el de la causa antifascista, que tenemos la seguridad es, además, la causa de Euzkadi, la causa de la libertad de los pueblos. (Aplausos.)

El Sr. **PRESIDENTE**: Se va a leer una proposición incidental presentada a la Mesa.

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Dice así:

“A las Cortes.—Los Diputados que suscriben, después de haber escuchado las manifestaciones del Gobierno acerca de la situación general del país, piden al Congreso que acuerde lo siguiente:

1.º La Cámara manifiesta su conformidad plena con la declaración ministerial.

2.º Concede al Gobierno una amplia autorización para que adopte las medidas y disposiciones necesarias a la realización de la política militar, económica, gubernativa y social contenida en la expresada declaración.

3.º Otorga un voto de confianza al Gobierno para que desarrolle y ejecute su política.

4.º Acuerda suspender las sesiones hasta nuevo aviso.

Valencia, 2 de Octubre de 1937.—Mariano Joven.—J. A. Iunco.—Marino Sáiz.—A. Pasagali.—A. Velao.—M. Portela.—P. Corominas.—M. Torres.—Rafael de Pina.—A. Pestaña.—B. Osorio Tafall.—Eduardo Castillo.—J. Borderas.—Dolores Ibarruri.—Edmundo Lorenzo.—Emilio Palomo.—José M. de Lasarte.—Antonio Mije.—Miguel San Andrés.”

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Joven tiene la palabra.

El Sr. **JOVEN**: Señores Diputados, los oradores que, en su nombre y en el de las representaciones de las distintas minorías, han tomado parte en este debate, se significaron, de una manera absoluta, con una incondicionalidad al Gobierno emocionada y sincera. No hablaron solamente las figuras representativas de los partidos que integran el Frente Popular. Hubo palabras de otros hombres que, sin pertenecer a esta conjunción política y aun discrepando de su significación, han querido sumarse también, emocionadamente e impulsados por su patriotismo, a la obra que rea-

liza el Gobierno en defensa de la soberanía nacional. Estas coincidencias nos enorgullecen como españoles y como demócratas. Como españoles de una Patria que sufre y lucha por liberarse del yugo extranjero; como demócratas, porque esto dice mucho en honor y prestigio del régimen parlamentario y constitucional.

Si se han señalado estas coincidencias, si ha habido esta unanimidad perfecta en las asistencias al Gobierno, no extrañaréis, Sres. Diputados, que los firmantes de esta proposición hayamos querido condensar estas aspiraciones pidiendo a la Cámara un voto de confianza tan amplio como es el que se concreta en la proposición cuya lectura acabáis de escuchar; un voto que queríamos que fuese de aclamación fervorosa, que nos sirviera de estímulo y aliento para la contienda en que estamos metidos, contienda desencadenada por unos hombres sin decoro y sin honor, en maridaje vergonzoso y repulsivo con el fascismo internacional. En esa contienda tendremos que vencer, porque representamos la legalidad y la razón frente a la tiranía y al despotismo; porque representamos la generosidad justiciera frente a la barbarie organizada; porque sentimos y vivimos por y para la guerra, y porque, en definitiva, tenemos en cuenta las palabras del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, cuando decía que había que tener fe en nuestros destinos. Nosotros la tenemos en lo más arraigado del alma, y la tenemos aún más porque sabemos, sin que nos asalte duda alguna, que este Gobierno será el Gobierno del triunfo que ha de salvar a la República y a España. He dicho. **(Grandes aplausos.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: ¿Aprueba la Cámara la proposición presentada por el Diputado Sr. Joven y otros Sres. Diputados? **(Asentimiento general.)** Queda aceptada."

Se leyó y sin discusión fué aprobado, anunciándose que se sometería a la aprobación definitiva de la Cámara, el dictamen de la Comisión de Hacienda y Economía sobre ley de Bases para el fomento, ordenación y desenvolvimiento de las actividades nacionales.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se va a dar lectura a una proposición presentada a la Cámara.

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Dice así:

"Al Congreso.—Los Diputados que suscriben ruegan a la Cámara se sirva declarar de urgencia la aprobación definitiva de los dictámenes que han sido aprobados esta mañana.

Palacio de La Lonja, 2 de Octubre de 1937.—José Prat.—Jerónimo Bugeda.—Mariano Joven.—Emilio Palomo.—Miguel San Andrés.—Francisco de Toro.—Leandro Pérez Urría.—Alejandro Peris.—Fulgencio Díez Pastor.—Juan Antonio Méndez.—Francisco Gómez Hidalgo.—Matilde de la Torre.—Siguen las firmas hasta 53."

El Sr. **PRESIDENTE**: La proposición que acaba de ser leída trae el número de firmas necesario.

El Sr. Prat tiene la palabra para apoyarla.

El Sr. **PRAT**: Muy brevemente, Sres. Diputados, para rogar a la Cámara que, aceptando nuestra proposición, declare de urgencia la discusión de los proyectos de ley dictaminados por las Co-

misiones, a fin de que sean aprobados definitivamente en esta misma sesión.

La tónica de diligencia, de agilidad y de rapidez en la labor de la Cámara que marcó ayer nuestro propósito de reformar parcialmente el Reglamento y que ha sido aprobada, es la que motiva que yo insista ahora con una proposición que obedece a la misma razón. Suplicar, pues, simplemente que se acepte esta proposición de urgencia que hemos presentado. **(Muy bien.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: ¿Toma en consideración la Cámara esta proposición? **(Asentimiento.)** Queda aceptada y, por tanto, declarada la urgencia.

Se va a dar lectura a distintos dictámenes para su aprobación definitiva."

Se leyeron y, previa declaración de hallarse conformes con lo acordado, quedaron aprobados definitivamente, los siguientes proyectos:

Reforma del art. 43 del Reglamento de la Cámara;

Convalidación de varios decretos;

Modificación de la ley de Incompatibilidades, y

Bases para el fomento, ordenación y desenvolvimiento de las actividades nacionales.

Previo la venia del Sr. Presidente, subió a la tribuna el Sr. Ministro de Trabajo y Asistencia Social y dió lectura de los siguientes proyectos de ley:

Ratificando el Convenio sobre el empleo de mujeres en trabajos subterráneos en las minas de todas clases;

Ratificando el Convenio limitando las horas de trabajo en las minas de carbón;

Ratificando condicionalmente el Convenio adoptando el principio de la semana de cuarenta horas;

Ratificando el Convenio referente a la simplificación de la inspección de los emigrantes a bordo de los buques;

Ratificando el Convenio relativo al seguro obligatorio de vejez de los asalariados de las Empresas industriales y comerciales y de las profesiones liberales, así como de los trabajadores a domicilio y del servicio doméstico;

Ratificando el Convenio referente al seguro obligatorio de vejez de los asalariados de las Empresas agrícolas;

Ratificando el Convenio relativo al seguro obligatorio de invalidez de los asalariados de las Empresas industriales y comerciales y de las profesiones liberales, así como de los trabajadores a domicilio y del servicio doméstico.

Ratificando el Convenio referente al seguro obligatorio de invalidez de los asalariados de Empresas agrícolas;

Ratificando el Convenio relativo al seguro obligatorio de muerte de los asalariados de las Empresas industriales y comerciales, de las profesiones liberales, así como de los trabajadores a domicilio y del servicio doméstico;

Ratificando el Convenio referente al seguro obligatorio de muerte de los asalariados de las Empresas agrícolas;

Ratificando el Convenio relativo al trabajo nocturno de las mujeres (revisado en 1934);

Ratificando el Convenio referente a la reparación de las enfermedades profesionales (revisado en 1934);

Ratificando el Convenio relativo a las indemnizaciones o auxilios a los trabajadores en paro involuntario;

Ratificando el Convenio referente a la duración del trabajo en las fábricas de vidrio automáticas, y

Facultando al Gobierno para conceder a las Cooperativas y Sociedades constructoras y a los beneficiarios de casas baratas construídas y al amparo de la legislación protectora de esta clase de viviendas una moratoria para el reintegro de los préstamos obtenidos con destino a la construcción de aquéllas.

El Sr. **SECRETARIO** (Joven): Los proyectos de ley que acaban de leerse pasarán a las Comisiones correspondientes.

El Sr. **PRESIDENTE**: El Diputado Sr. Aliseda ha manifestado a la Mesa su adhesión a la votación de Secretario de la Cámara.

Así constará."

El Congreso quedó enterado de una comunicación de la Delegación general de Euzkadi en Valencia en que transcribe un telegrama de don Rafael Picavea manifestando su imposibilidad de asistir a las sesiones por motivos de salud, y su adhesión a los acuerdos que se adopten.

También quedó enterada la Cámara de que se habían constituído las Comisiones que a continuación se detallan, nombrando para los cargos de sus Mesas a los señores que se mencionan:

Suplicatorios: Presidente, D. Emilio Baeza Medina; vicepresidente, D. Amancio Muñoz de Zafra; secretario, D. Julio Jáuregui Lasante, y vicesecretario, D. Francisco de P. Jené Aixalá.

Presupuestos: Presidente, D. Isidoro Vergara; vicepresidente primero, D. José Aliseda; vicepresidente segundo, D. Pedro Corominas; secretario, D. Manuel Martínez Risco, y vicesecretario, don Eduardo Frápolli.

Hacienda y Economía: Presidente, D. Honorato de Castro; vicepresidente, D. Ramón González Peña; secretario, D. Juan Santís, y vicesecretario, D. Francisco Félix Montiel.

Presidencia: Presidente, D. Luis Fernández Clérigo; vicepresidente, D. Ginés Ganga; secretario, D. Juan Bañeres, y vicesecretario, D. Miguel San Andrés.

El Sr. **PRESIDENTE**: Orden del día para la sesión próxima: los asuntos pendientes y todos los demás que figuren en el orden del día.

Para dicha reunión se avisará a domicilio.

Se levanta la sesión."

Eran la una y quince minutos de la tarde.

Rivadeneyra, S. A. (Intervenido por el Estado).
Paseo de San Vicente, 28.—Madrid.